



LA VOZ MALDITA

LA VOZ MALDITA

ME ORDENÓ ASESINAR A MI FAMILIA

JOSÉ ARTURO SARABIA CAMPOS

La Voz Maldita

Me Ordenó Asesinar a mi Familia

Primera edición 2025

© José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798294493295

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

ÍNDICE

DEDICATORIA	6
PRÓLOGO	8
CAPÍTULO 1 ASESINÉ A MI FAMILIA	12
CAPÍTULO 2 AGAPITO NO ESTA LOCO, DICEN LOS DOCTORES DEL MANICOMIO	22
CAPÍTULO 3 LAS COSAS SE COMPLICAN EN LA CÁRCEL DE BELÉN	33
CAPÍTULO 4 ESTALLÓ EL CAOS EN LA CÁRCEL DE BELÉN	42
CAPÍTULO 5 EXORCISAN A AGAPITO	51
CAPÍTULO 6 ESTALLÓ EL CAOS EN LA CÁRCEL DE LECUMBERRI	59
CAPÍTULO 7 EXORCISAN A AGAPITO EN LA SEXTA COMISARÍA	67
CAPÍTULO 8 AGAPITO ES ENCONTRADO CULPABLE	77
CAPÍTULO 9 CONFINADO AL MANICOMIO DE POR VIDA	86
CAPÍTULO 10 AGAPITO NO ESTA LOCO	94
CAPÍTULO 11 SE ACERCA EL FIN PARA AGAPITO	104

ACERCA DEL AUTOR..... 112

DEDICATORIA

A quienes sostienen este libro en sus manos, a las almas curiosas que se adentran en el misterio de «La Sombra de Agapito», esta historia es para ustedes. Escribir esta novela ha sido un viaje a través de los callejones oscuros del México de los años 20, un país de contrastes donde la fe y el miedo, la esperanza y la desesperación, se entrelazan como las venas de una ciudad viva. Esta dedicatoria es un reconocimiento a su valentía por explorar un relato que no solo habla de demonios y posesiones, sino de la humanidad frágil que lucha contra sus propios abismos.

A ustedes, lectores, que se atreven a caminar junto a Agapito Rosas, un hombre roto por el trauma y perseguido por una voz que no pidió escuchar, les agradezco por acompañarlo en su tragedia. Esta historia no es solo suya, sino de todos aquellos que han sentido el peso de la culpa, el eco de un pasado que no suelta, o el frío de una presencia que no explica la razón. Agapito es un reflejo de las cicatrices que cargamos, de las batallas silenciosas que libramos contra nuestras propias sombras. Al leer sus páginas, ustedes dan vida a su lucha, su sacrificio, y su búsqueda de redención, aunque esta llegue a un costo devastador.

A quienes encuentran en el padre Ignacio un faro de fe en medio de la tormenta, y en el juez Olegario Muñoz un hombre atrapado entre la ley y lo inexplicable, esta novela es un homenaje a su capacidad de empatía. Cada personaje, desde el desesperado Jacinto Morales hasta los internos olvidados del manicomio de La Castañeda, representa una faceta de la humanidad: la que resiste, la que duda, la que cae y la que busca levantarse. Gracias por escuchar sus voces, por imaginar los callejones de Tacuba, las celdas de Lecumberri, y las paredes acolchadas donde el silencio es tan aterrador como el susurro de la entidad.

LA VOZ MARDITA

A los que ven en esta historia un espejo del México de antaño, con su sincretismo religioso y su lucha entre la modernidad y la superstición, les dedico este relato como un puente hacia nuestra historia. Es un recordatorio de que el mal, ya sea sobrenatural o humano, nace de la desesperación y la injusticia, pero también de que la resistencia, aunque frágil, es posible. Gracias por sumergirse en un mundo donde los dioses antiguos y los demonios cristianos coexisten, donde la fe y el miedo son dos caras de la misma moneda.

Al final, a quienes cierren este libro con preguntas, con un escalofrío o con esperanza, les agradezco por dejar que esta historia los toque. Que el susurro de la entidad no los alcance, pero que la lucha de Agapito los inspire a enfrentar sus propias sombras. Esta novela es suya, para que la lleven en el corazón, como un eco en la noche.

Con gratitud, José Arturo Sarabia Campos

PRÓLOGO

En las entrañas del Distrito Federal, donde las calles se retuercen como venas de una bestia dormida, la noche guarda secretos que los hombres prefieren olvidar. Es 1928, y México es un país de contrastes: un crisol donde la fe católica se mezcla con los ecos de dioses antiguos, donde la modernidad de tranvías y periódicos choca con la miseria de vecindades y cantinas. En este mundo, el horror no siempre llega con cuernos y llamas; a veces, se desliza como un susurro, un frío en la nuca, una sombra que se mueve donde no debería. Y en el corazón de esta ciudad, en un callejón olvidado de Santa Julia, comienza la historia de Agapito Rosas, un hombre que no sabía que su vida sería el escenario de un mal más antiguo que los altares de piedra.

Agapito no era un hombre extraordinario. Nacido en una choza de adobe en un pueblo sin nombre, creció bajo el peso de un padre borracho que blandía el machete como si fuera una extensión de su ira. Los golpes eran su infancia, y la sangre en el suelo, su primer recuerdo. A los diez años, acorralado por el miedo y el dolor, Agapito hizo un ruego en la oscuridad, un grito silencioso que no iba dirigido a Dios, sino a algo más antiguo, algo que escuchaba desde las sombras. No sabía entonces que su súplica sería respondida, que una voz sin rostro le prometería fuerza a cambio de un precio que no comprendería hasta mucho después. Esa voz, ese susurro que resonaba como el viento en un campo seco, lo salvó de su padre, pero lo marcó para siempre.

Años después, Agapito llegó a la ciudad, un hombre callado y fuerte, con manos de albañil y un corazón lleno de grietas. Encontró a María, una mujer de ojos tristes pero cálidos, que le dio dos hijos, Felipe y Juan, así como un hogar humilde en Santa Julia. Por un tiempo, la vida pareció un respiro: el trabajo en las obras, el sonido de los niños jugando, el roce de la mano de María al anochecer. Pero la voz nunca se fue. Estaba allí, en los rincones

de su mente, susurrando en las noches de insomnio, alimentándose de sus miedos y sus dudas. Agapito no lo entendía, pero sentía su peso, como una cadena invisible que lo ataba a un pasado que no podía dejar atrás.

El 4 de febrero de 1928, la voz dejó de susurrar y actuó. En un arranque de furia que no era suya, Agapito levantó una piedra de metate y destrozó su hogar. María, Felipe y Juan yacían muertos, sus cuerpos rotos en el suelo de tierra, mientras él, con las manos ensangrentadas, miraba sin comprender. La ciudad no tardó en atraparlo: los gendarmes lo encontraron en un callejón, balbuceando sobre sombras y una voz que lo obligó. Nadie le creyó. En un México donde la justicia era rápida y brutal, Agapito fue enviado al Manicomio de La Castañeda, un lugar donde los locos eran tratados como criminales y los médicos buscaban respuestas en frascos de drogas experimentales.

Allí, bajo la mirada fría del doctor Vargas, Agapito confesó bajo los efectos de una sustancia que le quemaba las venas. Sus palabras eran un delirio para los médicos: una voz que lo poseía, una sombra que lo seguía desde niño, un pacto que no recordaba haber hecho. Pero los informes eran claros: los crímenes eran suyos, las manos que levantaron la piedra eran las de él. La Castañeda no era un lugar para curar, sino para contener, y Agapito fue trasladado a la Cárcel de Belén, donde los presos lo miraban con miedo y odio, susurrando que el «Mataniños» traía algo oscuro consigo.

En Belén, el padre Ignacio, un sacerdote de Mixcoac con una cruz gastada y una fe endurecida por años de enfrentar demonios menores, fue llamado por el juez Olegario Muñoz, un hombre de ley que no creía en cuentos de curas, pero que no podía ignorar los rumores. Los guardias hablaban de sombras en los pasillos, de gritos que no venían de los presos, de un frío que calaba los huesos. El primer exorcismo, realizado en una celda húmeda, fue un fracaso. La voz se rio del agua bendita, de las oraciones, del sacerdote. Agapito convulsionó, sus ojos se

volvieron negros, y la entidad que lo habitaba habló con una claridad que heló la sangre: «Este hombre es mío». El padre Ignacio salió tembloroso, con la cruz quemándole la mano, consciente de que no enfrentaba a un demonio común, sino a algo más antiguo, algo que no respetaba los límites de la fe cristiana.

Lecumberri, el «Palacio Negro», fue el siguiente destino de Agapito. La prisión, con su diseño panóptico y sus celdas que olían a miseria, era el escenario perfecto para la entidad. Allí, en la crujía «J», la voz desató un infierno: celdas que se abrían solas, presos poseídos, guardias que caían bajo un frenesí inexplicable. El caos consumió la prisión, dejando cuerpos destrozados y muros agrietados. El padre Ignacio regresó, con su cruz y su Biblia, y logró debilitar a la entidad en un segundo exorcismo, ayudado por la resistencia de Agapito, que gritó su rechazo al demonio que lo había usado por años. Pero la victoria fue frágil: Lecumberri quedó en ruinas, clausurado como un lugar maldito, y Agapito fue trasladado a la Sexta Comisaría, donde la voz intentó regresar, solo para ser rechazada nuevamente.

El juicio de Agapito fue un circo de murmullos y titulares sensacionalistas. Los periódicos, como El Universal, hablaban de un «albañil endemoniado», mientras el fiscal Ernesto Salazar exigía el paredón. El juez Muñoz, dividido entre la ley y lo inexplicable, conmutó la pena de muerte por internamiento de por vida en La Castañeda, una decisión que enfureció al fiscal, pero dio a Agapito un respiro. En el manicomio, bajo la vigilancia de enfermeros y médicos escépticos, intentó reconstruir su alma, escribiendo su historia en un cuaderno que le dio el padre Ignacio. Pero la paz era un hilo fino, roto por el eco lejano de la voz, que había encontrado un nuevo huésped: Jacinto Morales, un hombre roto por la pobreza y el abandono, cuya desesperación en una cantina de Tacuba abrió la puerta a la sombra.

Jacinto, como Agapito, se convirtió en un títere de la entidad, al desatar una ola de asesinatos brutales en los callejones de la ciudad. Muñoz y el padre Ignacio lo persiguieron, enfrentándolo

en un exorcismo en la parroquia de Mixcoac, donde Jacinto, con un esfuerzo desgarrador, logró rechazar a la entidad. Pero el costo fue alto: Agapito, en el Manicomio de La Castañeda, supo que la voz seguía viva, que su existencia era una puerta que nunca cerraría. La culpa, el miedo, el peso de saber que había dejado entrar a esa cosa lo llevaron al límite. En un acto final de sacrificio, Agapito se quitó la vida, convencido de que su muerte rompería el vínculo con la entidad para siempre. Su cuerpo, hallado con una nota que pedía perdón, fue enterrado en una fosa común, sin familia que lo reclamara, mientras la ciudad seguía su curso, ajena al hombre que cargó un abismo en su alma.

Sin embargo, el final no es tan claro. En los rincones oscuros del Distrito Federal, un susurro persiste, un eco que busca otro corazón roto, otra alma desesperada. La entidad, rechazada por Agapito y Jacinto, no muere; espera, como siempre ha esperado, en las sombras de una ciudad que nunca duerme del todo. El padre Ignacio, con su fe tambaleante, y Muñoz, con su escepticismo roto, saben que la lucha no ha terminado. Y en algún lugar, entre los callejones de Tacuba y las vecindades de Santa Julia, la noche guarda un secreto que aún no ha sido revelado.

Esta es la historia de Agapito Rosas, un hombre que no pidió ser un campo de batalla, pero que lo fue. Es una historia de fe y desesperación, de justicia y superstición, de un México donde los dioses antiguos y los demonios cristianos se cruzan en las almas de los hombres. Es una historia que comienza con un susurro y termina con un silencio, pero un silencio que nunca es completo, porque en la oscuridad, siempre hay algo que escucha.

CAPÍTULO 1 ASESINÉ A MI FAMILIA

Agapito Rosas albañil de oficio, bebedor empedernido de pulque y adicto a la marihuana. Estaba harto de que María, su mujer, le reprochara que gastara todo su sueldo en la pulquería y en su vicio, lo que dejaba a la familia sin comer. Una tarde, los reclamos lo sacaron de quicio. Incapaz de contenerse, le propinó una brutal paliza. Sus hijos, Felipe y Juan, de 6 y 7 años respectivamente, intentaron defender a su madre; pero Agapito, ciego de furia, los golpeó también a puñetazos y patadas, hasta dejarlos ensangrentados en el suelo.

Exhausto tras haber terminado, se desplomó en la cama sin preocuparse por el estado de su familia. María y los niños quedaron tendidos en el piso, con sangre y lágrimas de dolor.

Al día siguiente, Agapito despertó con un fuerte dolor de cabeza y una culpa que lo carcomía. Se levantó y fue a la cocina, donde encontró a María y a los niños que comían en silencio. Avergonzado, se sentó con ellos; pero no sabía qué decir. El peso de sus actos lo aplastaba, aunque no lo admitiera.

Después de haber desayunado, salió a trabajar; sin poder concentrarse. Sus pensamientos giraban en torno a lo sucedido y a cómo poder enmendarlo. Al volver a casa, María y los niños estaban en la sala, ocupados en un juego de mesa. Agapito se acercó y, después de tragarse su orgullo, habló:

—Lo siento —dijo con voz temblorosa y de arrepentimiento—. No sé qué me pasó ayer. Haré lo que sea para arreglar esto y que no vuelva a suceder.

Ellos lo miraron en silencio, sin responder. Agapito, desesperado, no sabía qué más decir. Entonces, algo extraño ocurrió: una voz resonó en su cabeza, con calma y persuasión, para asegurarle que todo estaría bien, que su familia lo

perdonaría. Aliviado, empezó a confiar en ella. Sin embargo, en poco tiempo la voz cambió. Le susurró que su familia era un obstáculo, que debía eliminarlos para ser feliz.

Confundido y asustado, Agapito intentó ignorarla; pero la voz se tornó más insistente. Una noche, después de haber trabajado una larga jornada, llegó a casa y encontró a María y los niños dormidos. La voz aprovechó el momento:

—Es ahora o nunca —le decía—. Deshazte de ellos.

Horrorizado, sintió que perdía el control. Sus manos temblaban mientras se acercaba a la cama. La voz lo dominaba, y en un instante de locura, estuvo a punto de obedecerla. Por fortuna, un grito interno lo sacó del trance. Se alejó, con sudor, aterrado por lo que estaba a punto de hacer.

Conforme pasaban los días, un odio irracional crecía en él. Sentía que su familia lo traicionaba, que no lo entendían. El viernes, 3 de febrero de 1928, mientras bebía con dos compañeros de obra en una pulquería de Santa Julia, salieron a fumar marihuana. Después de haber consumido varios carrujos, las voces regresaron, con mayor claridad y un tono siniestro:

—¡Ten cuidado! María y tus hijos quieren envenenarte.

Aturdido, se despidió de sus amigos y caminó varias cuadras hasta tomar un tranvía. Se durmió en el trayecto y, al llegar a su casa, encontró a su mujer lavando ropa ajena. Se sentó en la mesa, con la esperanza de que le sirvieran de comer; sin embargo, ella lo ignoró. Furioso, se quedó dormido ahí mismo. Al despertar, vio un plato de sopa frente a él. Y de inmediato la voz insistió:

—Cuidado está envenenada. ¡No la comas!

Paranoico, arrojó la sopa al suelo y reclamó a María que intentaba envenenarlo. Esa noche, la voz lo atormentó sin cesar, aconsejándole que actuara. Incapaz de resistir, se levantó en la

madrugada y, poseído por una furia inhumana, descargó toda su ira masacrando a su mujer y a los niños en su cama. La habitación se llenó de sangre y gritos. La voz en su cabeza se rio, para felicitarlo.

Por la mañana, Agapito despertó tirado en el suelo, cubierto de sangre. Confundido corrió a la recámara y encontró a María y los niños inmóviles, con los ojos abiertos. Horrorizado, gritó:

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho? ¿Qué pasó?

Los vecinos, al escuchar los alaridos, entraron y se encontraron con la escena. Espantados, dieron aviso a un gendarme, quien con rapidez llamó refuerzos después de haber tocado el silbato. Tres gendarmes y dos vecinos irrumpieron en la casa y detuvieron a Agapito de inmediato. Al interrogarlo, balbuceó que no recordaba nada, solo que una voz en sus sueños le había ordenado matarlos.

—¿De quién era esa voz? —preguntó un gendarme.

—Seguro del Diablo —respondió, con la mirada perdida.

La voz se apagó, para dejarlo solo con su culpa. Fue trasladado a la sexta comisaría para responder por el triple homicidio.

Agapito pasó la noche en un separo, acostado sobre un catre desvencijado y mugriento, aún con el eco de sus gritos que resonaban en su cabeza. No lograba conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos, veía a María y a los niños cómo pedían ayuda, espantados e indefensos, mirándolo desde una esquina de la habitación. La voz que lo había empujado a cometer ese acto atroz ahora callaba; aun así, su ausencia era peor, pues lo dejaba solo con el horror de lo que había hecho.

Al amanecer, dos gendarmes lo sacaron a rastras del separo. El aire frío de la mañana le calaba los huesos mientras era llevado a una sala pequeña, con las paredes descascaradas

y una mesa coja en el centro. Allí lo esperaba el comisario Ramírez, un hombre corpulento de bigote espeso y mirada dura, acompañado por un secretario que aguardaba con su máquina de escribir.

—Siéntate, Rosas —ordenó Ramírez, a la vez que señalaba una silla chueca—. Vamos a ver si tienes algo que decir antes que el juez decida qué hacer contigo.

Agapito se dejó caer en la silla, con las manos esposadas sobre las rodillas. Sin levantar la vista, contestó:

—No me acuerdo de nada —murmuró—. Solo sé que... una voz. Me dijo que lo hiciera.

Ramírez arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Una voz? ¿Qué voz? Expíciate, porque ahora no hay diablo que te saque de esta. Mataste a tu mujer y a tus hijos, ¡hombre! Los vecinos dicen que gritabas como loco. ¿Qué tienes en esa cabeza? ¡Con un carajo!

Agapito tragó saliva. El recuerdo de aquella voz retumbaba en su mente; sin embargo, no sabía cómo explicarlo sin sonar como loco.

—Era como si alguien hablara dentro de mí —dijo, con un susurro—. Me decía que ellos me querían matar, que la sopa estaba envenenada... que no confiara en ellos. Yo no quería hacerlo... pero, no pude parar.

El secretario, con gran habilidad, escribía cada palabra con frenesí, mientras que Ramírez lo observaba con una mezcla de desprecio y curiosidad.

—¿Y esa voz era del Diablo, dices? —preguntó, para inclinarse hacia él—. ¿O es que el pulque y la mota te quemaron el cerebro?

Agapito no respondió, pues no tenía respuesta. El comisario chasqueó la lengua y se recargó en la silla.

—Mañana te vamos a mandar con el juez Muñoz. Si sigues con esa cantaleta del Diablo, te van a encerrar en La Castañeda con los locos, o te mandan directo a Lecumberri a que los presos te hagan picadillo. Tú decides cómo quieres jugar esto.

Lo regresaron al separo, donde pasó el día en silencio, solo por los murmullos de los gendarmes y el traqueteo de carretas afuera. Mientras tanto, la noticia había corrido como pólvora en el barrio de Santa Julia. En la pulquería, los amigos de Agapito bebían en silencio. Uno de ellos, un tal Chucho, masculló entre dientes:

—Ese cabrón siempre fue raro. Aunque de ahí a matar a su familia... Algo se le metió en la cabeza, seguro.

En la vecindad, las mujeres cuchicheaban mientras lavaban ropa en los lavaderos. Doña Petra, la portera, juraba haber escuchado risas extrañas que salían de la casa de Agapito, la noche del sábado, risas que no eran de María ni de los niños.

—Era como si alguien más estuviera ahí —dijo, tras santiguarse—. Algo malo, muy malo.

Por la tarde, un reportero del periódico El Universal llegó a la comisaría para cubrir la nota. Sobornó a un gendarme con unas monedas para que lo dejara echar un vistazo al detenido. A través de las rejas, pudo ver a Agapito sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos.

—Oye, Rosas —le gritó—. ¿Es cierto que el Diablo te dijo que lo hicieras? ¡Habla, hombre, que esto va a estar en primera plana!

Agapito levantó la vista, y por un instante, sus ojos brillaron con algo oscuro, algo que no era culpa ni miedo. El reportero retrocedió, nervioso, y anotó en su libreta: «Parecía poseído».

Esa noche, mientras el viento silbaba por la ventana de su celda, Agapito volvió a escuchar la voz. No era fuerte ni clara como antes, sino un susurro lejano, con tono burlón:

—No te librarás de mí con facilidad. Esto apenas empieza.

Se apretó las sienes con las manos, rogándole que callara; pero la voz seguía ahí, torturándolo como una sombra que no podía atrapar. No sabía si era el Diablo, su conciencia o algo peor; sin embargo, una cosa era segura: no lo dejaría en paz.

Mientras al otro lado de la ciudad, el juez Olegario Muñoz revisaba los primeros informes del caso en su despacho. Hojeó las declaraciones de los vecinos y frunció el ceño al leer lo de la voz.

—O está loco, o es muy listo —masculló para sí mismo—. Mañana lo veremos.

Muy temprano el lunes, 6 de febrero, Agapito Rosas, rapado y esposado, compareció ante el juez en la sexta comisaría. Insistió en no recordar nada, aunque parecía más bien que no quería hacerlo. Tras haber concluido la audiencia, el juez emitió un oficio urgente al director del Manicomio de La Castañeda, para solicitar una valoración mental que determinaría su futuro.

Su destino pendía de un hilo. Si lo declaraban loco, iría al manicomio. Si no, enfrentaría la cárcel de Belén, Lecumberri o, en el peor de los casos, la pena de muerte, ejecución pública por fusilamiento. Se le acusaba de triple homicidio con premeditación, alevosía y ventaja. En prisión, los reos lo despellejarían vivo por la crueldad con que había matado a su familia.

El médico forense entregó un informe escalofriante: María, de 30 años, y los niños, Felipe y Juan, muertos por múltiples fracturas craneales causadas por un objeto contundente —probablemente una piedra de metate—. Además, tenían golpes antes y después de morir: equimosis en clavícula, abdomen, pelvis, brazos y manos. El juez sabía que enviarlo a Belén o

Lecumberri era firmar su sentencia de muerte a manos de los presos. La decisión que debía tomar no era fácil.

Todo esto, había dejado a Agapito muy consternado. Las palabras del juez Olegario resonaban en su cabeza como un martillo: «Si no hablas claro, esto se te va a complicar más». Aunque ¿Qué más podía decir? Si la verdad sonaba a cuento de borrachos o de locos, y él no estaba seguro de cuál era peor. Mientras tanto, encerrado en el separo de la comisaría, esperaba el traslado que decidiría su suerte.

El aire era espeso, cargado de sudor y mugre. Los gendarmes lo vigilaban desde el pasillo, para murmurar entre ellos. Un joven gendarme de cara pecosa le lanzó una mirada de indignación antes de escupir al suelo.

—Pinche animal —masculló—. Matar a tus propios hijos... ¡Ni los perros hacen eso!

Agapito no respondió. Se acurrucó contra la pared, con las rodillas pegadas al pecho, para intentar borrar los recuerdos que lo acechaban. Pero no había escapatoria. Cerraba los ojos y veía la piedra de metate en sus manos, el crujir de los huesos, la sangre que salpicaba el catre. Y luego, esa maldita risa que lo felicitaba desde algún rincón oscuro de su mente.

Por la tarde, el comisario Ramírez regresó con un par de papeles en la mano. Se paró frente a la reja, para golpearla con el puño y llamar su atención.

—Órale, Rosas, ya está el oficio. Mañana te llevamos a La Castañeda. Los doctores van a revolver esa cabeza tuya para ver si estás loco de verdad o solo te haces el idiota. Pero te lo advierto: si te mandan a Lecumberri, no sales vivo.

Agapito alzó la vista, con los ojos hundidos y enrojecidos.

—No estoy loco —dijo, con voz apenas audible—. Fue el Diablo... él me obligó, créame por favor.

Ramírez soltó una carcajada.

—Claro, y yo soy la Virgen de Guadalupe. Sigue con eso y vas a terminar colgado por los presos. Tú sabrás.

Esa noche, el silencio del separeo fue interrumpido por un zumbido extraño, como si se acercara un enjambre de moscas. Agapito se incorporó, alerta. Entonces escuchó de nuevo la voz:

—No tengas miedo —le dijo—. Hiciste lo que tenías que hacer. Ellos te hubieran destruido.

Agapito se tapó los oídos, tembloroso.

—¡Cállate! ¡Déjame en paz! —gritó, para golpearse la cabeza contra la pared.

Los gendarmes, desde el pasillo, se asomaron molestos.

—¿Qué te pasa ahora, loco? —preguntó el pecoso—. ¡Ya duérmete, carajo!

Entretanto, Agapito no podía dormir. La voz seguía torturándolo:

—No te librarás de mí. Soy parte de ti ahora. Siempre lo he sido.

La mañana del martes, el cielo estaba nublado y una llovizna fina caía sobre la ciudad. Dos gendarmes llegaron con una camioneta destartalada para trasladarlo. Lo esposaron y lo subieron a la parte trasera, donde el metal frío le caló los huesos. El trayecto al Manicomio de La Castañeda fue silencioso, solo se escuchaba el traqueteo del motor y el sonido de las herraduras de los caballos en las calles empedradas.

Afuera del manicomio, un grupo de curiosos ya lo esperaba, atraídos por los rumores que los periódicos habían comenzado a esparcir. «El Albañil Endemoniado», titulaba uno. «¿Locura o Pacto con el Diablo?», preguntaba otro. Algunas personas

llevaban rosarios, otras gritaban insultos mientras la camioneta se detenía frente a las enormes puertas de hierro.

Agapito bajó con la cabeza gacha, escoltado por los gendarmes. Una mujer mayor, con el rostro arrugado y un rebozo negro, se acercó lo suficiente para escupirle en los pies.

—¡Asesino! ¡Que te pudras en el infierno! —le dijo, antes que la apartaran.

Dentro, lo recibió un enfermero flaco y de mirada esquiva, que lo llevó por un pasillo largo y oscuro hasta una sala de registro. Allí, un médico de bata blanca, con gafas redondas y una libreta en la mano, lo esperaba.

—Soy el doctor Vargas —dijo, sin emoción—. Siéntate. Vamos a ver qué tienes en esa cabeza.

Agapito obedeció, mientras sentía el peso de las esposas en sus muñecas. El doctor comenzó a hacer preguntas:

—¿Desde cuándo oyes esa voz? ¿Qué te dice con exactitud? ¿Tomas algo además de pulque y marihuana?

Agapito respondió con dificultad, con la voz entrecortada. Le contó acerca de la voz, de cómo lo había convencido que María lo envenenaría, de cómo lo había empujado a matar a su familia. El doctor anotaba todo, sin inmutarse, mientras que, en ocasiones, fruncía el ceño.

Tras una hora, Vargas se levantó y llamó al enfermero.

—Llévenlo a una celda de observación. Mañana empezamos las pruebas. Quiero ver si esto es delirium tremens, esquizofrenia o pura farsa.

Agapito fue conducido a una celda pequeña, con paredes acolchadas y una ventana enrejada por la que apenas entraba un poco de luz. Mientras que la puerta se cerraba tras él, la voz volvió de nuevo, esta vez con mayor claridad, para decirle:

LA VOZ MARDITA

—No te preocupes. Aquí no pueden conmigo.

Agapito se dejó caer al suelo, agotado, para preguntarse si alguna vez se libraría de esa presencia que lo arrastraba al borde del abismo.

CAPÍTULO 2 AGAPITO NO ESTA LOCO, DICEN LOS DOCTORES DEL MANICOMIO

El martes terminó con Agapito encerrado en una celda de observación del Manicomio de La Castañeda, un cuartucho de paredes acolchadas que olía a humedad y desinfectante. La sábana con la que lo habían cubierto al llegar, yacía arrugada en un rincón, y él, sentado en el suelo, con la mirada perdida en la ventana. Afuera, la muchedumbre se había dispersado, aunque el eco de sus insultos aún retumbaba en su cabeza, mezclado con esa voz que no lo dejaba en paz.

En la mañana del miércoles, el sol con dificultad se filtraba por las rendijas y proporcionaba un poco de calor. Dos enfermeros, uno alto y huesudo con un bigote ralo, y otro más con cicatrices de viruela en la cara, entraron sin mediar palabras. Lo levantaron por los brazos y lo llevaron por un pasillo estrecho, donde pasaron por puertas de madera tras las cuales se escuchaban gemidos y risas. Agapito con dificultad opuso resistencia; sus piernas temblaban, el cansancio y el miedo nublaban su mente.

Llegaron a una sala fría, con una mesa de metal en el centro y estantes llenos de frascos y herramientas que parecían más de carnicero que de médico. El doctor Vargas, el mismo de las gafas redondas que lo había recibido el día anterior, estaba allí y revisaba unos papeles. Junto a él, una enfermera robusta de cabello recogido anotaba algo en unas hojas.

—Siéntelo ahí —ordenó Vargas, al señalar una silla atornillada al piso.

Los enfermeros obedecieron y ajustaron correas de cuero alrededor de las muñecas y tobillos de Agapito. Él no protestó; solo bajó la mirada y sintió cómo las correas le lastimaban la piel.

—Bien, Rosas —dijo Vargas, tras ajustarse las gafas—. Ayer me contaste de esa voz. Hoy quiero detalles. ¿Cuándo empezó? ¿Qué sentiste cuando mataste a tu familia? No me vengas con cuentos del Diablo si no quieres que te dejemos aquí de por vida.

Agapito tragó saliva, con la garganta seca como lija.

—No sé cuándo empezó esto —murmuró—. Fue... poco a poco. En un inicio eran pensamientos raros, como si alguien me hablara en voz baja. Luego se hizo más fuerte. Me decía que María quería envenenarme, que los niños me odiaban. Y esa noche... no pude parar. Era como si mis manos no fueran mías.

Vargas lo observaba con ojos fríos y anotaba cada palabra.

—¿Y después? ¿Qué pasó cuando los mataste? —preguntó, al inclinarse un poco.

Agapito apretó los puños contra las correas.

—Se rio —dijo con la voz quebrada—. La voz se rio de mí, como si estuviera feliz. Y desde entonces no se va. Me habla sin cesar, me dice que hice bien, que no me atraparán...

La enfermera levantó la vista, inquieta, mientras que Vargas permaneció firme.

—¿Oyes la voz ahora? —preguntó.

Agapito dudó, luego asintió con lentitud.

—Está aquí —susurró—. Me dice que usted no me cree, que nadie me cree.

Un silencio pesado llenó la sala. Los enfermeros intercambiaron una mirada con rapidez, y la enfermera garabateó algo más en las hojas. Vargas se puso de pie y sacó un frasco pequeño de un estante. Lo destapó y dejó ver un líquido de color ámbar que olía a alcohol y algo más.

—Vamos a probar algo —dijo—. Esto es un sedante. Si esa voz es un delirio, debería callarse. Si no... bueno, ya veremos.

El enfermero huesudo sujetó la cabeza de Agapito, en tanto que la enfermera le abría la boca a la fuerza. El líquido le quemó la lengua y le bajó por la garganta como fuego. Tosió, al intentar escupirlo, pero ya era demasiado tarde. Vargas se cruzó de brazos y observó.

Pasaron unos minutos. El cuerpo de Agapito se relajó contra su voluntad, y sus párpados se volvieron pesados. Mientras que, desde un rincón de su mente, la voz emergió de nuevo, con mayor nitidez:

—No pueden conmigo, estúpidos. Soy más fuerte que sus drogas.

Agapito abrió los ojos de golpe a la vez que jadeaba.

—¡Está hablándome! —gritó—. ¡Dice que no pueden con él!

Vargas frunció el ceño y se acercó, al estudiarlo como a un bicho raro.

—Interesante —murmuró—. Esto no es delirium tremens. Podría ser esquizofrenia... o algo más complicado. —Se volvió hacia la enfermera—. Prepare la máquina de electrochoques para mañana. Vamos a ver hasta dónde llega esto.

Agapito con dificultad entendió las palabras, sin embargo, el tono del doctor le heló la sangre. Lo llevaron de vuelta a la celda, donde se desplomó en el suelo y comenzó a temblar. La voz seguía allí, con tono burlón:

—¿Electrochoques? Qué divertido. Vamos a jugar con ellos, Agapito.

Esa noche, mientras el manicomio dormía bajo un cielo negro sin luna, un grito desgarrador resonó por los pasillos. Los enfermeros lo ignoraron, pues estaban acostumbrados. Mientras

que, Agapito se retorció en su celda, atrapado en una pesadilla donde María y los niños lo miraban desde un charco de sangre, y la voz reía sin parar, al prometerle que nunca estaría solo.

Entretanto, afuera, en las calles de Mixcoac, los rumores crecían. Algunos decían que Agapito estaba poseído por un demonio real, otros que fingía ser un loco para salvar el pellejo. En la pulquería de Santa Julia, un viejo borracho juraba haber visto una sombra negra salir de la casa de Agapito, la noche del crimen, una sombra que no era humana.

El director del manicomio, un hombre callado llamado don Eusebio, recibió un informe preliminar de Vargas al amanecer. Lo leyó en su oficina, tras fumar un cigarro, y masculló para sí mismo:

—Esto no me gusta nada. Si no está loco, entonces qué carajos es.

El lunes, 13 de febrero por la tarde, la decisión del juez Olegario Muñoz cayó como una cubeta de agua fría sobre Agapito. Los médicos de La Castañeda habían enviado su informe: no estaba loco, al menos no según sus criterios. La droga experimental —un derivado del ácido barbitúrico que le fue administrado días atrás— lo había hecho confesar con detalle cómo alzó la piedra de metate y destrozó los cráneos de María y los niños. No había alucinaciones ni delirios que lo excusaran; para ellos, era un hombre consciente de sus actos, un asesino frío. El traslado a la cárcel de Belén se ordenó de inmediato.

Esa noche, en su celda del manicomio, Agapito con dificultad durmió. La voz, que había estado callada desde los electrochoques, regresó con un susurro venenoso, mientras él temblaba de frío bajo una cobija deshilachada:

—No te preocupes, amigo. En Belén estaremos bien. Nadie nos tocará. Somos más fuertes que ellos.

Agapito se tapó los oídos, aun así, no sirvió. La voz reía en voz baja, como si supiera algo que él no. Al día siguiente, una

camioneta de la policía llegó al manicomio. Dos gendarmes, con caras de pocos amigos, lo esposaron y lo subieron sin contemplaciones. El trayecto por las calles del Distrito Federal fue un respiro, por fin lejos de esa celda olorosa a desinfectante. Agapito iba encorvado, con la cabeza gacha, y sentía cada bache como un golpe al alma.

La cárcel de Belén apareció ante sus ojos como un imponente edificio de piedra, con muros altos y ventanas enrejadas que le decían que nunca saldría de allí. La camioneta se detuvo frente a la entrada principal, donde un grupo de guardias esperaba con macana en mano. Los gendarmes lo bajaron a empujones, y un celador gordo, con una cicatriz que le cruzaba la mejilla, lo recibió con una mueca.

—Así que tú eres el famoso Rosas —dijo, al escupir al suelo—. El que mató a su mujer y a sus chamacos. Aquí aprenderás lo que es sufrir de verdad.

Lo llevaron a una sala de registro, un cuarto húmedo con paredes manchadas de moho. Le quitaron las esposas, le ordenaron desnudarse y le arrojaron un uniforme harapiento: una camisa rota y unos pantalones que apestaban a sudor añejo. Al tiempo que se vestía, escuchó murmullos y risas desde el pasillo. Los presos ya sabían de él; las noticias viajaban con rapidez entre las ratas de Belén.

Lo escoltaron por un corredor largo y oscuro hasta una galera abarrotada, un espacio sofocante donde más de cien hombres se hacinaban entre petates mugrientos y barriles que servían de letrinas. El hedor era insoportable: una mezcla de orines, basura y podredumbre. Los reclusos lo miraron al pasar, algunos con desprecio, otros con una curiosidad malsana. Un flaco de dientes negros le gritó:

—¡Oye, Mataniños! ¿Aquí también traerás tu piedra?

Las risas retumbaron por toda la galera. Agapito se encogió, al buscar un rincón donde esconderse, ya que no había escapatoria. Un guardia lo empujó hacia un petate en el suelo, cerca de un barril desbordado.

—Aquí te quedas, perro —dijo—. Y ni se te ocurra hacer ruido, porque te llamamos a macanazos.

Esa primera noche en Belén fue un infierno silencioso. Agapito se acurrucó en el petate, con el estómago rugiendo de hambre —el «desayuno» había sido un atole agrio y un pedazo de pan duro—. Los ronquidos y gemidos de los presos llenaban el aire, mientras que lo peor era la voz, que volvió con fuerza en la oscuridad:

—Míralos, Agapito. Son basura. Tú eres mejor que ellos. Si te tocan, los hacemos pedazos.

—No quiero más sangre —susurró, al taparse la cara con las manos—. Déjame en paz, por Dios.

La voz soltó una carcajada grave.

—¿Dios? Él no está aquí. Solo estoy yo. Tú y yo somos uno mismo.

Al día siguiente, el rumor de su llegada ya había corrido por toda la prisión. Durante el conteo matutino, un preso corpulento, con tatuajes burdos en los brazos, se acercó mientras los guardias miraban para otro lado.

—Dicen que el Diablo te manda, cabrón —le dijo, al escupirle en los pies—. A ver si es cierto, porque aquí los demonios no duran mucho.

Agapito no respondió, aunque sintió un calor extraño que le subía por el pecho. La voz susurró:

—Déjame a mí. Le arrancamos la lengua.

Sacudió la cabeza, aterrado, y se alejó tambaleándose. El preso se carcajeo y lo dejó ir, mientras que la amenaza flotaba en el aire: solo era cuestión de tiempo.

Esa tarde, en el patio, un grupo de reclusos lo rodeó. Eran cinco, liderados por el tatuado, con miradas que prometían sangre. Uno sacó un punzón hecho de metal oxidado y se lo mostró, al sonreír.

—Aquí no hay Diablo que te salve, Rosas —dijo—. Vamos a mandarte con tu familia.

Agapito retrocedió hasta chocar con la pared, el corazón a punto de salirse del pecho. Entonces la voz habló, clara y feroz:

—No te dejes, idiota. Pelea. Somos más fuertes.

Antes que pudiera reaccionar, el tatuado se abalanzó con el punzón. Pero algo cambió en Agapito. Sus manos se movieron solas, con rapidez y brutalidad, como aquella noche en su casa. Agarró el brazo del hombre, lo torció hasta quebrarlo y le arrancó el punzón de un jalón. Los otros presos se lanzaron sobre él, mientras que Agapito, o lo que fuera que lo poseía, los enfrentó con una furia inhumana. Gritos y sangre llenaron el patio antes que los guardias intervinieran, al golpearlo con garrotes hasta dejarlo inconsciente.

Cuando despertó, estaba en un separo solitario, con el cuerpo magullado y la ropa empapada en sangre ajena. La voz reía, satisfecha:

—¿Ves? Nadie puede con nosotros. Esto es solo el principio.

Afuera, los rumores crecían. Los presos susurraban que Agapito no era humano, que algo oscuro lo protegía. Los guardias, nerviosos, informaron al jefe de vigilancia. En su oficina, el juez Muñoz recibió una nota urgente: «El reo Rosas causó disturbios en Belén. Solicitamos instrucciones». Frunció el ceño y murmuró:

—Esto no está bien. Algo en este hombre no está bien.

Ese mismo día por la noche, tras su llegada a «La Providencia» un departamento de la cárcel de Belén que servía para albergar a policías presos por corrupción y a delincuentes de crímenes atroces, Agapito con dificultad había cerrado los ojos. El petate donde dormía estaba húmedo y apestaba a moho, aun así, no era eso lo que lo mantenía despierto. Era la voz, esa presencia que se retorció en su mente como una culebra. Desde que pisó Belén, se había vuelto más insistente, más viva, como si la miseria y la violencia del lugar la alimentaran.

—Aquí estamos en casa —susurró, con un tono que helaba la sangre—. Estos perros no son nada contra nosotros.

Agapito se apretó las sienes con ambas manos, al rogarle en silencio que se callara; no obstante, era inútil. Cada vez que intentaba pensar en María y los niños, en lo que había perdido, la voz lo interrumpía con risas y promesas oscuras. No tenía escapatoria.

En la mañana, los guardias sacaron a los presos al patio para el conteo. El aire estaba cargado de humedad, y un sol débil apenas calentaba el piso. Agapito se mantuvo al fondo, con la cabeza gacha, aunque las miradas lo seguían. Su fama lo precedía: el hombre que había masacrado a su familia, el loco que hablaba del Diablo. Los reclusos de «La Providencia» —policías corruptos, violadores, asesinos de la peor calaña— no eran conocidos por su piedad, y él era una presa fácil.

Durante el conteo, un guardia joven, con el uniforme desabrochado y un cigarro colgado de la boca, se acercó a Agapito. Le dio un golpe seco en el hombro con la macana.

—Tú, Rosas —dijo, con una sonrisa torcida—. Dicen que eres un demonio. ¿Qué tienes que decir, eh?

Agapito no respondió. Solo bajó más la cabeza, al intentar hacerse invisible. Pero la voz no se quedó callada:

—Déjame hablarle. Le arrancamos esa sonrisa de un mordisco.

—Para —murmuró Agapito entre dientes, en voz baja.

—¿Qué dijiste, cabrón? —replicó el guardia, al alzar el garrote de nuevo—. ¡Habla claro o te parto la madre!

Antes que propinara el golpe, otro preso, un viejo flaco con un ojo blanco, se interpuso.

—Déjalo, Chato —dijo con voz rasposa—. Este no vale la pena. Ya lo esperan los muchachos en la galera.

El guardia se rio y se alejó, mientras que las palabras del viejo resonaron en Agapito como una sentencia. Sabía lo que significaban: los presos planeaban algo. En Belén, la justicia no venía de los jueces, sino de las manos sucias de los reclusos.

Esa tarde, durante la hora de comida, el rumor se hizo realidad. Le dieron de rancho un plato de caldo podrido, con un hueso que flotaba y un olor que revolvió el estómago a cualquier animal carroñero. Agapito lo apartó, a pesar de saber que no había nada más. Mientras los demás comían en silencio, un grupo de tres presos se acercó a su rincón. El líder, un hombre ancho con una cicatriz que le cruzaba el cuello, lo miró de arriba abajo.

—Así que tú eres el Mataniños —dijo, al escupir al suelo—. Aquí no nos gustan los que tocan a su sangre.

Agapito alzó la vista, con el corazón acelerado.

—No quería... —empezó a decir, mientras que la voz lo cortó:

—No te excuses, débil. Déjame a mí. Los hago pedazos.

El hombre de la cicatriz no esperó respuesta. Le dio un puñetazo en la cara que lo tiró al suelo. Los otros dos se unieron para patearlo, mientras los demás presos miraban, algunos con

risas, otros indiferentes. Agapito intentó protegerse, porque el dolor lo cegaba. Entonces, como un relámpago, algo estalló dentro de él. Sus manos se alzaron solas, al agarrar la pierna de uno de los atacantes. Con una fuerza que no reconoció como suya, lo derribó y le estrelló el puño en la cara una y otra vez. Los otros retrocedieron, sorprendidos, aunque Agapito no paró. La voz rugía en su cabeza:

—¡Así! ¡Mátalos! ¡Que aprendan!

Los guardias tardaron en reaccionar. Cuando por fin llegaron, lo separaron a macanazos, al dejarlo tirado en el suelo, jadeante, con las manos ensangrentadas. El hombre de la cicatriz yacía inmóvil, con la nariz rota y un ojo hinchado. Los otros dos se retiraron lejos, mientras maldecían.

Lo arrastraron a un sepeo solitario, una celda diminuta con paredes húmedas y un hedor a podredumbre. Ahí, encadenado del cuello a un anillo en la pared, Agapito se derrumbó. La voz, satisfecha, susurró:

—Te dije que somos más fuertes. Nadie nos toca.

Sin embargo, él ya no estaba tan seguro. Entre el dolor y la sangre, un pensamiento llegó a su mente: «tal vez la voz no me protege. Tal vez me hunde más, al arrastrarme a un pozo del que no saldré vivo».

Esa noche, el jefe de vigilancia, un hombre canoso llamado don Anselmo, recibió el reporte del incidente. Frunció el ceño mientras lo leía, al tamborilear los dedos en su escritorio.

—Este cabrón es un problema —masculló—. Si sigue así, no llegará ni al juicio.

Mandó una nota al juez Muñoz: «Rosas atacó a tres presos en Belén. Solicito traslado urgente o refuerzos. Esto se descontrolará». En su despacho, Muñoz leyó el mensaje y

suspiró. Sabía que Belén era una olla a presión; pero Lecumberri sería peor.

—Que lo vigilen de cerca —ordenó por teléfono—. No quiero más muertos antes de la sentencia.

En la celda, Agapito temblaba, atrapado entre el miedo y la furia. La voz seguía prometiéndole poder, aun así, él ya no sabía si quería escucharla. Afuera, los presos susurraban entre sombras:

—Ese no es hombre. Es un demonio. Y los demonios no duran aquí.

CAPÍTULO 3 LAS COSAS SE COMPLICAN EN LA CÁRCEL DE BELÉN

La celda solitaria de Belén era un agujero negro donde el tiempo se detenía. Agapito yacía encadenado del cuello al anillo de la pared, con el cuerpo magullado tras el enfrentamiento del día anterior. Los golpes de los presos y los macanazos de los guardias le habían dejado un zumbido en los oídos, mas no era eso lo que lo mantenía despierto. Era la voz, esa presencia que se retorció en su mente como una sombra viva. Desde el incidente en el patio, se había vuelto más audaz, más íntima, como si conociera cada rincón de su alma.

—No tengas miedo —susurró, con un tono desafiante—. Ellos no pueden con nosotros. Somos eternos.

Agapito tembló, al apretarse la cabeza con las manos.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja, por primera vez al desafiarla—. ¿Por qué me haces esto?

La voz rio, feliz, a gusto en ese lugar que parecía el mismo infierno.

—¿No me reconoces? He estado contigo en todo momento, Agapito. Desde el principio.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Intentó recordar, hacer memoria, aunque todo lo que encontraba eran fragmentos de la cara de María que gritaba, las risas de los niños, el peso de la piedra en sus manos. Más allá, todo era niebla, aunque la voz insistía, al tirar de él hacía algo más profundo, algo enterrado.

Cerró los ojos, y por un instante, la celda desapareció. Estuvo en un campo seco, bajo un sol ardiente que le quemaba la piel. Era pequeño, apenas un niño de cinco o seis años, descalzo y sucio. A lo lejos, una choza de adobe se alzaba entre nopales,

y desde su interior salían gritos. Reconoció la voz de su madre, aguda y desesperada, seguida por la voz de su padre, borracho como de costumbre. Agapito —el pequeño Agapito— corrió hacia la choza, no obstante, antes de llegar, algo lo detuvo: una sombra alta y delgada, en pie junto a la puerta. No tenía rostro, solo ojos rojos que lo miraban fijamente.

—Ven conmigo —dijo la sombra, con una voz que era la misma que lo atormentaba ahora—. Te haré fuerte. Nadie te volverá a tocar.

El recuerdo lo hizo comprender todo, al volver a la celda. Su corazón latía con fuerza. ¿Qué era eso? ¿Un sueño? ¿Una memoria? En ningún momento había hablado de su infancia, ni siquiera a María. Su padre, un hombre violento que los golpeaba a él, a sus hermanos y a su madre, había muerto de cirrosis cuando él era un niño. Después, Agapito había trabajado en el campo para sobrevivir, hasta que huyó a la ciudad a los 18 años. Sin embargo, esa sombra... no la recordaba. O tal vez sí, y la había enterrado tan hondo que ahora regresaba para reclamarlo.

La voz habló de nuevo, pero ahora con mayor claridad:

—No fue un sueño, estúpido. Estuve ahí. Te salvé de él, de tu padre. Te di la fuerza para soportar los golpes, para no quebrarte. Y ahora te salvo otra vez.

Agapito negó con la cabeza, confundido.

—No te pedí nada —dijo—. En ningún momento quise esto.

—Oh, recuerdo que no dijiste nada cuando tu padre levantó el machete contra ti, cuando te dejó tirado en el suelo con la cara ensangrentada; tu me llamaste. Querías vivir, querías poder. ¡Yo te lo di!

Otro destello llegó a su mente. Estaba en el suelo de la choza, con sangre que goteaba de la nariz, mientras su padre levantaba un machete oxidado, al tiempo que gritaba algo sobre

su madre y un amante. Agapito, pequeño, se encontraba aterrado; había cerrado los ojos y deseado con toda su fuerza que alguien lo salvara. Entonces oyó un susurro, el mismo que ahora lo acosaba: «Déjame entrar». Y cuando abrió los ojos, su padre estaba en el suelo, convulsionando, con espuma en la boca. Murió días después, y nadie supo por qué.

Agapito se estremeció.

—No... Eso no puede ser —balbuceó—. Fue el alcohol, la cirrosis...

La voz rio, un sonido que le erizó la piel.

—¿Crees que fue por casualidad? Yo lo maté por ti. Y desde entonces, he estado contigo. En cada pelea, en cada borrachera, en cada golpe que diste. Cuando alzaste la piedra contra María, fui yo quien guió tu mano. Somos uno mismo, Agapito. En todo momento lo seremos.

Aquellas palabras lo horrorizaron. Si eso era verdad, esa cosa había estado con él toda su vida, agazapado en las sombras de su miseria. Pero... ¿Qué era? ¿Un demonio? ¿Un espíritu vengativo? ¿O algo que él mismo había creado, un pedazo roto de su alma que se alimentaba de su rabia y su dolor?

Antes que pudiera responder, un ruido lo arrancó de sus pensamientos. La puerta del separo se abrió, y dos guardias entraron, al arrastrar a un preso flaco y tembloroso. Era uno de los que lo habían atacado en el patio, el que había escapado con vida. El guardia mayor, un hombre de cara curtida por el sol, lo miró con desprecio.

—Te trajimos compañía, Rosas —dijo—. Parece que este idiota quiere confesarte algo.

El preso, con los ojos muy abiertos, cayó de rodillas frente a Agapito.

—No fui yo, te lo juro —masculló—. Nos mandaron a darte una calentadita, créeme... aunque vi algo. Cuando estabas con el Gordo, había una sombra detrás de ti. ¡Te juro que la vi! No era humana... tenía ojos rojos.

Agapito lo miró, helado. La voz rio en su cabeza:

—¿Ves? No puedes negarme. Hasta ellos me ven.

El guardia pateó al preso para que se callara y se volvió hacia Agapito.

—No sé qué tienes, cabrón, porque pones nerviosos a todos. El jefe dice que, si vuelves a causar problemas, te mandamos a Lecumberri en la mañana.

La puerta se azotó con fuerza, mientras dejaba a Agapito con el preso tembloroso. Este lo miraba desde un rincón, al tiempo que se santiguaba.

—No eres humano —susurró—. Eres otra cosa.

Agapito no respondió. La voz, satisfecha, habló una última vez esa noche:

—Te lo dije, Agapito. Somos eternos. Y en breve, todos lo sabrán.

Afuera, en la oficina del jefe de vigilancia, don Anselmo fumaba un cigarro al tiempo que releía el informe del día. La pelea, los rumores, las quejas de los guardias. Algo en Rosas lo inquietaba, algo que no explicaba la lógica de un preso común. Mandó otro mensaje al juez Muñoz: «Solicito traslado urgente a Lecumberri. Este hombre es un peligro».

En la celda, Agapito cerró los ojos, atrapado entre el terror y una verdad que con dificultad empezaba a comprender: la voz no era un intruso, era parte de él, un eco de un pacto olvidado, un precio que ahora pagaba con sangre.

En la madrugada, Agapito respiraba con dificultad, acurrucado contra la pared, mientras el preso flaco que compartía el separeo lo miraba, aterrado, desde el rincón, con ojos desorbitados. Las palabras de ese hombre —había una sombra detrás de ti, con ojos rojos— resonaban en su cabeza, al mezclarse con las risas de la voz que no le daba tregua. Desde la noche anterior, tras recordar la muerte de su padre y el susurro que lo salvó, Agapito ya no podía negar que algo más grande, algo más oscuro, lo habitaba.

El amanecer trajo un frío extraño, un aire helado que se colaba por las grietas de la celda, a pesar del calor habitual de febrero. El preso flaco, que aún temblaba, se santiguó por enésima vez y susurró:

—¡No quiero estar aquí contigo! ¡Lo que sea que traes pegado... no es de este mundo!

Agapito lo ignoró; sin embargo, la voz respondió por él, clara y cortante:

—Déjalo temblar. En un rato más todos sabrán quién manda aquí.

Antes que pudiera decir algo, un nuevo recuerdo le llegó a la mente, con mayor viveza que los anteriores. No fue en la choza esta vez, sino en un cerro árido cerca de su pueblo natal, años después de la muerte de su padre. Tenía unos doce años y corría descalzo entre las piedras, al huir de unos chamacos mayores que lo perseguían por robarles comida. Lo alcanzaron y lo tumbaron a golpes, mientras le pateaban las costillas. Agapito, tirado en el polvo, cerró los ojos y sintió esa misma furia impotente que cuando su padre lo golpeaba. Entonces la escuchó de nuevo, la voz, al susurrar desde la nada:

—Pídeme ayuda. Pídeme fuerza.

Sin pensarlo, lo hizo. «Ayúdame», pensó, con el sabor de la sangre en la boca. De pronto, una ráfaga de viento helado barrió

el cerro y los chamacos cayeron al suelo mientras gritaban y se arañaban la cara, como si algo los poseyera. Agapito se levantó tembloroso y vio la misma sombra alta y sin rostro, con ojos como brasas, en pie entre él y sus agresores. Estos huyeron despavoridos y la sombra se volvió hacia él.

—En todo momento estaré contigo —dijo, antes de desvanecerse.

El recuerdo se esfumó al tiempo que Agapito jadeaba y sudaba en su celda. Entretanto, el preso flaco lo miraba, pálido.

—¿Qué te pasa, cabrón? ¡Hablas solo! —gritó molesto un celador, al retroceder hasta la puerta.

—No estoy solo —respondió Agapito, con la voz rota—. Nunca lo he estado.

La voz rio, un sonido que hizo vibrar el aire.

—Exacto, Agapito. Soy tu protector, tu sombra. Me diste permiso hace muchos años, y ahora soy tuyo. ¿No te gusta lo que hicimos con María? ¿Con los niños? Fue necesario. Ellos te hubieran traicionado, como todos.

Agapito negó con la cabeza, horrorizado.

—No eres mi protector. Eres un maldito demonio.

La risa se volvió un rugido.

—¿Demonio? Qué palabra tan pequeña. Soy más que eso. Soy lo que queda cuando los hombres se quiebran, cuando se pierden en la oscuridad. Tu gente me conoce desde antes que tu nacieras. Me han llamado por muchos nombres: el Nahual, el Tlacatecolotl, el Señor de la Noche. Tú me diste vida, Agapito. Me dejaste entrar.

Un frío intenso llenó la celda, y por un instante, Agapito vio algo frente a él: una figura difusa, alta y negra, con ojos rojos que

lo atravesaban. El preso flaco chillaba y golpeaba la puerta, a la vez que gritaba:

—¡Sáquenme de aquí! ¡Trae al Diablo!

La visión se desvaneció, aunque la presencia quedó, pesada como una losa. Agapito se arrastró hacia la pared sin dejar de jadear.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, con lágrimas que corrían por su cara sucia—. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Quiero lo que en todo momento he querido —respondió la voz, ahora suave, con tono casi seductor—. Vivir. A través de ti. Cada golpe que das, cada vida que tomas, me hace más fuerte. Y aquí, en este lugar de muerte, me vuelvo invencible.

Antes que pudiera procesarlo, la puerta se abrió con un chirrido. Tres guardias entraron, liderados por don Anselmo, el jefe de vigilancia. Sus caras estaban tensas, y uno llevaba un rosario en la mano.

—Rosas, levántate —ordenó Anselmo, con voz firme pero nerviosa—. Nos pones a todos de nervios. El padre Ignacio viene en camino.

Agapito parpadeó, confundido. ¿Un cura? Los guardias le quitaron la cadena y lo sacaron a rastras, al ignorar los gritos del preso flaco, que quedó solo en la celda, mientras balbuceaba oraciones. Lo llevaron a una sala pequeña al final del corredor, donde un hombre esperaba: el padre Ignacio, un sacerdote delgado y encorvado, con una sotana gastada y una cruz de madera que colgaba del cuello. Sus ojos, hundidos y cafés, lo observaban con una mezcla de miedo y determinación.

—Siéntate, hijo —dijo el cura, al señalar una silla—. Me llamaron porque los guardias dicen que traes algo malo contigo. Algo que no es humano.

Agapito se dejó caer, tembloroso. La voz habló, con tono burlón:

—Un cura. Qué divertido. Vamos a romperle el cuello.

—¡Cállate! —gritó Agapito, al golpearse la cabeza. Los guardias dieron un paso atrás, y el padre Ignacio alzó la cruz.

—¿Quién te habla? —preguntó el cura, con voz firme—. Dime la verdad, por el bien de tu alma.

Agapito lo miró, desesperado.

—No sé qué es —sollozó—. Dice que en todo momento ha estado conmigo, desde niño. Que lo dejé entrar cuando mi padre... Dice que es un nahual, un señor de la noche. Me hizo matar a mi familia. No puedo pararlo.

El padre Ignacio palideció, aunque no bajó la cruz.

—Escucha, hijo —mencionó, al inclinarse—. Eso no es un nahual. Los nahuales son espíritus de hombres, y esto... esto es otra cosa. Es un demonio, un siervo del Maligno. Si lo dejaste entrar, solo hay una forma de sacarlo: enfrentarlo con fe. pero necesitas querer salvarte. ¿Lo quieres?

Agapito dudó, atrapado entre el terror y la culpa. La voz rugió en su cabeza:

—No le hagas caso. Es débil. Te abandonará como todos.

—No sé si pueda —murmuró Agapito, con la mirada perdida—. Ya hice demasiado daño.

El cura lo tomó del brazo, sorprendiéndolo con su fuerza.

—Aún no estas perdido —insistió—. Pero si no luchas, esa cosa te llevará al infierno, y no solo a ti. Mira este lugar. Los presos ven sombras, los guardias oyen risas. Se alimenta de ti y pronto será imparabile.

Antes que Agapito respondiera, gritos desgarradores resonaron desde el pasillo. Los guardias corrieron a ver, y el padre Ignacio se levantó, cruz en mano.

La voz rio, triunfal:

—Bienvenido, cura. Ya estoy aquí.

En la galera, el caos estalló. Presos gritaban, azotándose contra las paredes, mientras sombras negras, se movían entre ellos. Don Anselmo irrumpió en la sala, pistola en mano, justo cuando el suelo comenzó a temblar.

—¡Tenemos que sacarlo de aquí, padre! —gritó—. ¡Esto no es normal!

Agapito se desplomó, atrapado entre el cura, los guardias y la voz que reía sin parar, al saber que su poder crecía con cada segundo.

CAPÍTULO 4 ESTALLÓ EL CAOS EN LA CÁRCEL DE BELÉN

El caos en la cárcel de Belén había estallado como un incendio descontrolado. Los gritos de los presos resonaban por los pasillos, mezclados con golpes contra las puertas y un murmullo extraño, como si el viento susurrara palabras incomprensibles. Las sombras negras que algunos habían visto moverse entre las galeras ya no eran rumores: los guardias las percibían también, esquivas y rápidas, al deslizarse por las esquinas. Don Anselmo, el jefe de vigilancia, irrumpió de nuevo en la sala donde Agapito temblaba frente al padre Ignacio, con el rostro desencajado.

—¡Haga algo, padre! —gritó—. ¡Esto no es normal! Los hombres han perdido la cabeza allá afuera.

El padre Ignacio, con la cruz de madera apretada en una mano y el rosario en la otra, asintió con preocupación.

—Es un demonio —dijo, al volverse hacia Agapito—. Y si no lo sacamos ahora, esta prisión se convertirá en su reino.

Agapito apenas lo escuchaba. La voz rugía en su cabeza, furiosa y burlona:

—¿Un exorcismo? Qué patético. Este viejo no tiene poder sobre mí. Te arrancaré de sus manos antes que lo intente.

El cura lo tomó del brazo con fuerza y lo obligó a sentarse en la silla al centro de la sala.

—Escucha, hijo —ordenó, al mirarlo a los ojos—. Esto no será fácil. Ese ser te ha agarrado porque tú le permitiste entrar. Pero si luchas conmigo, si deseas liberarte, podemos vencerlo. ¿Me oyes? ¡Tienes que desearlo!

Agapito asintió débilmente, con lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Quiero... quiero que se vaya —susurró—. No quiero más sangre.

El padre Ignacio no perdió tiempo. Ordenó a don Anselmo traer agua bendita y una Biblia de la capilla de la prisión. Mientras el jefe de vigilancia corría por ellos, el cura trazó un círculo de sal alrededor de la silla —un puñado que llevaba en su sotana para emergencias— y comenzó a rezar en latín, al alzar la cruz:

—¡Exorcizamus te, omnis immundus spiritus, omnis satanica potestas! —Su voz era firme, aunque un leve temblor traicionaba su nerviosismo.

La sala se enfrió de golpe. Las lámparas de aceite parpadearon, y un aroma áspero, penetrante y picante, como a azufre, llenó el aire. Agapito tensó su cuerpo, al sentir cómo la voz se retorció dentro de él, furiosa.

—No te dejaré ir tan fácil —gritó la entidad, y su tono ya no era un susurro, sino una voz grave, profunda, que hacía vibrar las paredes.

El padre Ignacio roció agua bendita sobre Agapito, quien gritó y se retorció contra las correas que lo ataban a la silla. Su cuerpo se arqueó con violencia, como si algo luchara por salir. Los guardias, paralizados en la entrada, se santiguaron, mientras don Anselmo regresaba con una Biblia vieja y una botella de agua bendita, al entregársela al cura con manos temblorosas.

—¡In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti! —continuó el sacerdote, al abrir la Biblia y colocar la cruz sobre el pecho de Agapito—. ¡Sal de este hombre, espíritu inmundo! ¡Te ordeno, por el poder de Dios, que lo abandones!

Un rugido inhumano escapó de la garganta de Agapito. Sus ojos se volvieron negros, brillantes como obsidiana, y su voz cambió, al tornarse grave y múltiple, como si varias personas hablaran al unísono:

—¡No tienes autoridad sobre mí, sacerdote! ¡Este cuerpo es mío! Lo tomé cuando él me lo dio, y no lo soltaré.

El padre Ignacio no flaqueó. Mojó los dedos en el agua bendita y trazó una cruz en la frente de Agapito, quien aulló y sacudió la cabeza con tanta fuerza que las correas crujieron.

—¡Mientes! —replicó el cura—. Él te dio entrada, pero no te pertenece. ¡Por la sangre de Cristo, te expulsó!

La sala tembló como si hubiera un fuerte sismo. Las sombras en las esquinas se alargaron, para formar figuras retorcidas que parecían avanzar hacia el círculo de sal. Uno de los guardias dejó caer su macana y salió despavorido al escuchar gritar algo sobre el Diablo. Don Anselmo, pálido, se quedó, aferrándose al marco de la puerta.

Agapito se convulsionó, y por un instante, su rostro se contorsionó en una mueca que no era suya: una sonrisa cruel, con dientes afilados que no podían ser humanos. La voz habló de nuevo:

—¿Crees que tu Dios puede conmigo? Soy más viejo que tus cruces, más fuerte que tus oraciones. Nací en la sangre de esta tierra, en los gritos de los olvidados. ¡Él me llamó, y yo vine!

El padre Ignacio alzó la Biblia y leyó con fuerza un pasaje del Evangelio:

—Y Jesús dijo: «Sal de este hombre, espíritu maligno». ¡Sal, te lo ordeno! —Golpeó el pecho de Agapito con la cruz, y un chillido ensordecedor llenó la sala.

El cuerpo de Agapito se desplomó hacia adelante, inmóvil por un momento. El silencio era opresivo, roto solo por el jadeo del cura y los latidos acelerados de los presentes. Entonces, poco a poco, levantó la cabeza. Sus ojos seguían oscuros, mientras una risa baja escapó de su garganta.

—No tan rápido, viejo —dijo la voz, burlona—. Soy parte de él. Si me sacas, lo matas. ¿Estás dispuesto a eso?

El padre Ignacio dudó, con la cruz temblorosa en su mano. Miró a Agapito, cuyo rostro volvía a ser humano, aunque estaba pálido, casi sin vida.

—Hijo, tienes que pelear, lucha —suplicó el cura—. ¡Recházalo! ¡Dile que no lo quieres!

Agapito respiró hondo, con un hilo de voz:

—No te quiero... Vete... Por favor, vete...

La entidad rugió y el suelo tembló de nuevo. Las sombras se abalanzaron sobre el círculo de sal al tiempo que el padre Ignacio alzó la cruz una vez más, para gritar:

—¡Exi, daemonium! ¡En el nombre de Dios Todopoderoso, te expulso!

Un viento helado barrió la sala al apagarse las lámparas. Todo quedó en penumbras. Agapito se convulsionó con violencia, y un grito desgarrador —mezcla de su voz y la de la entidad— resonó antes que su cuerpo cayera flácido contra la silla. Las sombras se desvanecieron y el aire volvió a calentarse. El silencio era total.

El padre Ignacio se arrodilló, exhausto, mientras tocaba la frente de Agapito. Estaba fría, pero respiraba con debilidad.

—Se fue... creo que se fue —murmuró, aunque la duda lo carcomía.

Don Anselmo, tembloroso, se acercó.

—¿Qué carajos fue eso, padre? ¿Está muerto?

—No, solo está débil —respondió el padre, a la vez que desataba las correas—. El demonio lo soltó, pero no sé si del todo. Hay que vigilarlo.

En las galeras, el caos había cesado. Los presos, aún asustados, murmuraban entre ellos y no dejaban de mirar hacia el separo con temor. Algunos juraban haber visto una figura negra salir al vuelo por la ventana, para perderse en el cielo.

El cura se levantó, agotado, y miró a don Anselmo.

—Llévenlo a la enfermería. Y avisen al juez Muñoz. Esto no ha terminado. Si esa cosa vuelve, no sé si podremos detenerla otra vez.

Agapito, semiinconsciente, fue cargado por los guardias. En su mente, el silencio era extraño, vacío. Por primera vez en semanas, la voz no estaba. Pero en lo más profundo, un eco lejano, apenas audible, susurró:

—Volveré, Agapito. No te librarás de mi tan fácil.

Al día siguiente, la enfermería de la cárcel de Belén seguía siendo poco más que un cuartucho sucio al fondo de la prisión, con paredes agrietadas y un olor a alcohol rancio y podredumbre. Agapito yacía en un catre destartado, cubierto por una sábana raída que apenas lo protegía del frío. Su cuerpo estaba débil, magullado por los días de violencia y el exorcismo brutal del día anterior. Respiraba con dificultad, un silbido leve escapaba de su pecho, aunque estaba vivo. El padre Ignacio lo había salvado —o eso parecía.

Días después, tras el ritual, los guardias lo llevaron de nuevo a la enfermería para que lo revisara un médico viejo y encorvado, el doctor Morales, un hombre de pocas palabras que llevaba años atendiendo a los reclusos con más resignación que por gusto. Morales le revisó los signos vitales con manos temblorosas, al tiempo que murmuraba para sí mismo y aplicaba un ungüento maloliente en los moretones de Agapito.

—Está vivo de milagro —le dijo a don Anselmo, que observaba desde la puerta—. Aunque no sé cuánto dure. Parece que le sacaron el alma con eso que le hizo el cura.

El jefe de vigilancia asintió, aún pálido tras lo que había presenciado.

—Mientras no cause más problemas, que se quede aquí —respondió—. Ya mandé aviso al juez Muñoz. Que él decida qué hacer con este pobre diablo.

Esa noche, Agapito flotó entre la consciencia y el delirio. Soñó con María y los niños, pero no como víctimas ensangrentadas, sino como figuras lejanas que lo miraban desde una neblina grisácea con rostros tristes, aunque sin reproches. Intentó llamarlos, mas su voz no salía. Luego, el sueño cambió: estaba en el cerro de su infancia, frente a la sombra de ojos rojos. Esta vez no habló, solo lo observaba con una intensidad que le helaba la sangre.

A la mañana siguiente, el sol se coló por una ventana rota, iluminando el rostro demacrado de Agapito. Abrió los ojos poco a poco, a la vez que sentía un vacío extraño en su mente. Por primera vez en semanas, el silencio era real. No había risas, ni susurros, ni órdenes siniestras. Solo el sonido de su propia respiración y los gemidos de un preso enfermo en el catre vecino. ¿Se había ido de verdad? ¿El padre Ignacio lo había expulsado?

Intentó moverse, aunque el dolor lo detuvo. Sus brazos temblaban, y un mareo lo obligó a recostarse de nuevo. El doctor Morales entró poco después, traía una taza de agua turbia y un mendrugo de pan.

—Despacio, hombre —dijo, al ayudarlo a sentarse—. Estás débil como pollo enfermo. Come algo, a ver si agarras fuerza.

Agapito tomó el pan con manos temblorosas y dio un mordisco pequeño. El sabor era rancio, pese a eso lo tragó sin replicar.

—¿Qué pasó? —preguntó, con voz ronca—. ¿Dónde estoy?

—Estás en la enfermería —respondió Morales, mientras se ajustaba los anteojos rotos—. El cura ese te hizo un trabajito ayer. Dicen que te sacó un demonio. No sé si creerles, porque aquí todos están asustados. Hasta los guardias te miran raro.

Agapito asintió, al recordar fragmentos: el agua bendita que le quemaba la piel, los gritos de la voz, el frío que lo había atravesado.

—¿Se fue? —murmuró, más para sí mismo que para el doctor—. ¿De verdad se fue?

Morales se encogió de hombros.

—No soy cura ni brujo. Aunque estás vivo, y eso ya es algo. Descansa. Si sigues así, quizás te manden al juez pronto.

El día pasó en una calma inquietante. Agapito comió lo poco que le dieron —un caldo aguado al mediodía— y durmió a ratos, para recuperar fuerzas poco a poco. Los otros enfermos, un par de presos con fiebre y otro con una pierna infectada, lo evitaban, al susurrar entre ellos cuando creían que no los oía.

—Ese es el Endemoniado —decían—. Mejor no acercarse.

Por la tarde, el padre Ignacio llegó a verlo, acompañado por don Anselmo. El cura parecía agotado, con ojeras profundas y manos temblorosas, mientras sostenía su cruz. Se sentó junto al catre y observó a Agapito en silencio antes de hablar.

—¿Cómo te sientes, hijo? —preguntó, con voz suave pero firme.

—Vacío —respondió Agapito, al tiempo que miraba al techo—. Como si me faltara algo. Aunque no oigo nada. ¿Lo sacó?

El sacerdote frunció el ceño, dudoso.

—Creo que sí. Lo debilitamos, lo expulsamos de tu cuerpo. Pero esas cosas... no mueren fácil. Si vuelve, será porque aún tienes algo que le pertenece. ¿Lo rechazaste de verdad? ¿En tu corazón?

Agapito tragó saliva, al recordar su súplica durante el exorcismo.

—Quise que se fuera —dijo—. No quiero más de eso. Sin embargo... no sé si soy libre. Tengo miedo.

El cura asintió, al posar una mano en su hombro.

—El miedo es normal. No obstante, tienes que aferrarte a la fe, hijo. Si regresa, me llamas. No estás solo en esto.

Don Anselmo, impaciente, interrumpió:

—Padre, con todo respeto, este hombre no puede quedarse aquí. Los presos están nerviosos, y los guardias dicen que oyeron cosas anoche, risas en los pasillos. El juez Muñoz ya mandó respuesta, lo quiere en Lecumberri mañana para el juicio.

El padre Ignacio suspiró, mirando a Agapito con preocupación.

—Entonces que Dios lo proteja. Pero vigílenlo bien. Si esa cosa vuelve antes del traslado, no sé qué pueda pasar.

Esa noche, Agapito durmió mejor, pero el sueño fue frágil. El silencio en su mente era un alivio, aunque también una advertencia. Al filo de la medianoche, un escalofrío lo despertó. El aire estaba helado otra vez, y un susurro lejano, apenas audible, llegó desde las sombras de la enfermería:

—No me fui, Agapito. Solo estoy a la espera.

Se incorporó con un grito, al no ver al doctor ni a los guardias, la sala estaba vacía. Los otros enfermos dormían, y las lámparas parpadeaban con debilidad. El susurro se desvaneció,

dejando solo el eco de su respiración agitada. ¿Había sido real o estaba sugestionado? No lo sabía, aunque el terror lo mantuvo despierto hasta el amanecer.

Afuera, en la oficina de don Anselmo, llegó un nuevo mensaje del juez Muñoz: «Traslado confirmado para el 1 de marzo a Lecumberri. Mantengan a Rosas bajo estricta vigilancia». El jefe de vigilancia lo leyó y maldijo en voz baja.

—Que sea lo que Dios quiera —masculló—. Pero este cabrón trae mala suerte.

En su catre, Agapito cerró los ojos y rezó por primera vez en años, pidiéndole a un Dios en el que apenas creía, que lo liberara de la sombra que aún lo acechaba.

CAPÍTULO 5 EXORCISAN A AGAPITO

Ese día amaneció con un cielo nublado y una llovizna fina que empapó las calles del Distrito Federal. En la enfermería de Belén, Agapito despertó con un nudo en el estómago. El silencio en su mente persistía, frágil pero real, aunque el susurro de la noche anterior lo había inquietado. No tuvo tiempo de reflexionar demasiado; la puerta se abrió con un chirrido, y dos guardias entraron con rostros tensos y macanas en mano.

—Rosas, arriba —ordenó el mayor, un hombre de barba rala y ojos cansados—. Te vas a Lecumberri hoy. Muévete, que no tenemos todo el día.

Agapito se levantó con dificultad, el cuerpo aún adolorido por los días de violencia y el exorcismo. Le colocaron unas esposas oxidadas y lo sacaron de la enfermería sin más palabras. Afuera, en el patio, una camioneta de la policía aguardaba con el motor encendido. Don Anselmo supervisó desde la entrada, mientras fumaba un cigarro con la mano temblorosa.

—Cuídenlo bien —dijo a los guardias, con voz ronca—. Y que no cause problemas. No quiero más líos antes que se marche.

El trayecto a Lecumberri transcurrió en un silencio sepulcral. Agapito viajó en la parte trasera, encadenado al banco, mientras que los guardias fumaban y conversaban en voz baja sobre rumores de sombras en Belén. La ciudad pasaba de manera lenta por las ventanas: carretas tiradas por mulas, niños descalzos que corrían entre charcos, vendedores que gritaban bajo la lluvia. Pero Agapito apenas lo notaba. Sus ojos estaban fijos en sus manos temblorosas, mientras su mente se cuestionaba: «¿Y si la voz regresa? ¿Y si el padre Ignacio no logró sacarlo por completo?»

Tras una hora, la camioneta se detuvo frente a una mole de piedra oscura, Lecumberri, el «Palacio Negro». Sus muros altos y ennegrecidos por el tiempo se alzaban como una fortaleza maldita. Los guardias lo bajaron a empujones; un celador de uniforme gastado, con la cara curtida y una cicatriz en la frente, lo recibió con una mirada fría.

—Así que tú eres el famoso Rosas —dijo, tras escupir al suelo—. El Mataniños de Belén. Aquí no hay curas que te salven, cabrón.

Lo condujeron por un pasillo estrecho hasta una sala de registro, donde le quitaron el uniforme harapiento de Belén y le entregaron otro aún más desgastado, que apestaba a sudor y desesperación. Le raparon la cabeza de nuevo y lo marcaron con un número: 2743. Luego lo escoltaron a la crujía «I», la sección para presos especiales que no podían organizarse, un corredor largo y sombrío donde el eco de gritos y maldiciones resonaba sin cesar.

La crujía era un infierno peor que Belén. Más de doscientos hombres hacinados en celdas diminutas, con paredes húmedas y sucias, impregnadas de un olor a orines y podredumbre que cortaba la respiración. Los presos lo observaron al pasar, algunos con curiosidad, otros con odio puro. Un hombre flaco, con tatuajes hasta el cuello, gritó desde su celda:

—¡Oye, Rosas! ¡Dicen que el Diablo te manda! ¡Aquí lo vamos a expulsar a patadas!

Las risas y las burlas estallaron al instante. Los guardias lo arrojaron a una celda al final del corredor, un espacio de dos por dos metros con un catre sucio y desvencijado. La puerta se cerró con un fuerte rechinado, y Agapito se desplomó en el suelo, tembloroso.

Esa primera noche en Lecumberri fue un tormento silencioso. El frío se filtraba por las rendijas, y los ronquidos de los

presos formaban un coro interminable. Agapito intentó dormir, aunque el miedo lo mantenía alerta. Entonces, justo cuando el sueño lo vencía, sintió un escalofrío que le recorrió la espalda, seguido de un susurro lejano, apenas perceptible:

—¿Me extrañaste, Agapito?

Abrió los ojos de golpe y buscó en las sombras de la celda. No había nada, solo el parpadeo de una lámpara lejana en el pasillo. Pero el susurro volvió, más claro:

—No te libraste de mí. El cura solo me adormeció. Estoy aquí, y este lugar... este lugar es perfecto.

Agapito se apretó la cabeza con las manos y rogó que fuera su imaginación.

—Déjame en paz —susurró—. Por favor, ya no más.

La voz se carcajeó y estremeció las paredes.

—¿Paz? No hay paz para ti. Me diste entrada, y ahora formo parte de este cuerpo. Mira a tu alrededor: sangre, odio, muerte. Esto es mi hogar, y tú me trajiste.

Antes que pudiera responder, un grito desgarrador resonó desde una celda cercana. Agapito se incorporó y se pegó a la pared. Los guardias corrieron por el pasillo, mientras gritaban órdenes y los presos golpeaban las rejas.

—¡Está loco! —gritó alguien—. ¡Se arrancó los ojos!

El caos se intensificó, y Agapito sintió un calor extraño en el pecho, como si algo despertara en su interior. La voz habló, triunfal:

—¿Ves? Ya comenzó. Se alimentan de mí, y yo de ellos. Pronto seremos imparables.

Al amanecer, el guardia de la cicatriz entró a la crujía con un informe en mano. Un preso, un tal Ramírez, había muerto

durante la noche tras mutilarse en su celda. Los rumores se propagaron como pólvora: decían que había visto una sombra con ojos rojos antes de enloquecer. El celador miró a Agapito desde el pasillo y frunció el ceño.

—Tú traes algo raro, cabrón —dijo—. Si esto continúa, no llegarás al juicio. Los muchachos de la crujía ya te tienen en la mira.

Agapito no respondió. Se acurrucó en su camastro, tembloroso, mientras la voz susurraba sin parar:

—No te preocupes. Ellos no pueden conmigo. Y tú... tú eres mío.

El director de Lecumberri, un hombre recio de carácter al que llamaban capitán Martínez, leyó el reporte de la noche con el ceño fruncido y llamó al juez Muñoz por teléfono.

—Este Rosas es un problema —dijo—. Una noche aquí, y ya tenemos un muerto. ¿Qué hacemos con él?

Muñoz, al otro lado de la línea, suspiró.

—Que lo vigilen día y noche. El juicio es en una semana. Si no llega vivo, me avisan. Pero no le quiten la mirada de encima.

En su celda, Agapito cerró los ojos y rezó en silencio, aunque la voz lo interrumpió:

—Reza todo lo que quieras. Dios no escucha en este lugar. Solo yo.

La primera noche en Lecumberri había dejado a Agapito al borde del colapso. El incidente del preso que se arrancó los ojos había avivado los rumores en la crujía «I», y la voz en su cabeza, aunque débil al principio, cobraba fuerza con cada hora que transcurría en el Palacio Negro. El aire de la celda era espeso, cargado de humedad y un hedor que se adhería a la piel, pero lo

peor era la sensación que algo lo observaba, no solo los presos o los guardias, sino una presencia que acechaba en las sombras.

La mañana del miércoles, los guardias sacaron a los reclusos al patio para el conteo matutino. El cielo permanecía grisáceo, y una niebla fría envolvía el lugar, lo que le confería un aspecto fantasmal. Agapito salió de su celda esposado, flanqueado por dos celadores que lo miraban con desconfianza. El de la cicatriz, que parecía haberlo tomado como enemigo personal, le dio un empujón con el hombro.

—Camina derecho, cabrón —masculló—. Y ni se te ocurra hacer tus trucos raros aquí.

Se formaban en una sola fila para ser nombrados y contados. El patio de la crujía era un pasillo largo con muchas celdas a los costados y bancas de concreto rotas. La mayoría de estos presos eran asesinos desalmados, hombres sin nada que perder.

Mientras Agapito caminaba. Varios ojos lo seguían, algunos con odio, otros con miedo. El rumor de la noche anterior se había propagado como pólvora: el nuevo, el Mataniños, traía algo malo consigo, algo que no era de este mundo.

Durante el conteo, un hombre corpulento, con el torso cubierto de tatuajes y una cadena improvisada colgada del cuello, se separó del grupo y se acercó a él. Era conocido como «El Toro», un homicida que dominaba la crujía con puños y miedo. Sus pasos resonaron en el silencio, y los guardias, aunque lo vieron, no intervinieron. En Lecumberri, los presos resolvían sus cuentas solos.

—Así que tú eres Rosas —dijo El Toro, al detenerse frente a él. Su voz era grave, como un trueno lejano—. Dicen que el Diablo te manda. Anoche Ramírez enloqueció por tu culpa. ¿Qué traes, eh?

Agapito bajó la mirada, tembloroso.

—No traigo nada —murmuró—. Solo quiero estar en paz.

La voz en su cabeza rio, un eco que le erizó la piel:

—¿Paz? Aquí no hay paz, estúpido. Déjame a mí. Este Toro aprenderá quién manda.

Antes que Agapito pudiera responder, El Toro lo agarró del cuello del uniforme y lo levantó como si fuera un muñeco.

—No me vengas con cuentos —escupió—. Aquí no queremos demonios ni locos. Vamos a sacarte lo que traes, aunque sea a golpes.

Un grupo de cinco presos se unió y lo rodearon en un círculo apretado. Uno, tuerto, con el ojo tapado, sacó un puñal de entre sus ropas. Otro, con cicatrices en la cara, sostenía un trozo de madera afilada. Los guardias observaban desde la torre de vigilancia, aunque no intervenían; en Lecumberri, el orden se mantenía con sangre.

El Toro soltó a Agapito y le propinó un puñetazo en el estómago que lo dobló. Jadeante, cayó de rodillas, y los otros se acercaron, listos para acabar con él. Pero entonces, el frío regresó, un frío que no provenía del aire sino de su interior. La voz rugió, clara y feroz:

—¡No te dejes! ¡Pelea! Somos más fuertes que estos perros.

Agapito intentó resistir y susurró un «no» entre dientes, mas su cuerpo no obedeció. Sus manos se alzaron solas, agarraron el brazo de El Toro con una fuerza que no era suya y lo torcieron hasta que el hueso se fracturó. El maleante gritó y cayó al suelo. Los otros presos se abalanzaron sobre él; pero Agapito —o lo que lo poseía— se movió como una sombra. Esquivó el puñal del tuerto y se lo arrebató de un golpe, para luego clavárselo en el hombro. El de las cicatrices alzó la madera, al tiempo que Agapito lo derribó con un puñetazo que le partió la mandíbula.

El patio estalló en caos. Los presos gritaban: algunos animaban, otros retrocedían asustados. Las sombras en las esquinas del patio se alargaron y parecieron moverse con vida propia. El Toro, aún en el suelo, intentó levantarse, pero Agapito lo pateó en la cara y lo dejó inmóvil. La voz reía sin parar:

—¡Así! ¡Somos invencibles! ¡Que todos nos vean!

Los guardias al fin reaccionaron, corrieron desde las torres con macanas y rifles, y dispararon al aire. El estruendo detuvo la pelea. Tres celadores sujetaron a Agapito, lo golpearon hasta tirarlo al suelo y lo arrastraron mientras otros atendían a los heridos. El Toro yacía inconsciente, con la cara ensangrentada; el tuerto gemía con el punzón aún clavado; y el de las cicatrices escupía sangre y dientes.

Lo llevaron a rastras a una celda de castigo llamada apando, una celda más pequeña y oscura que la anterior, sin ventanas, sin baño, sin agua, con cadenas en las paredes y un hedor nauseabundo. Lo encadenaron de manos y pies, y lo dejaron colgado como un animal. El guardia de la cicatriz lo miró con odio puro antes de cerrar la puerta.

—Estás muerto, Rosas —dijo—. Si no te mata el juez, lo harán los presos. O lo que sea que traes contigo.

Solo en la oscuridad, Agapito jadeó, con el cuerpo tembloroso de dolor y miedo. La voz habló, satisfecha:

—¿Ves? Nadie puede con nosotros. Este lugar es nuestro ahora.

—No quiero esto —sollozó Agapito, con la voz rota—. No quiero ser tu títere.

La risa de la entidad llenó la celda, un sonido que hizo temblar las cadenas.

—Tú no decides, Agapito. Me diste entrada hace mucho, y ahora soy tu amo. Estos hombres son comida para mí. Cada golpe, cada muerte, me fortalece.

Un frío glacial lo envolvió, y por un instante, vio los ojos rojos que brillaban en la esquina de la celda. La figura era más clara ahora, alta, negra, con una forma demoniaca. Desapareció tan rápido como apareció; sin embargo, el mensaje era claro: la entidad había regresado, y Lecumberri era su nuevo terreno de caza.

Esa tarde, el director, capitán Martínez, recibió el informe del enfrentamiento. Tres presos heridos, uno grave, y el patio al borde de un motín. Llamó al juez Muñoz de inmediato.

—Rosas es un peligro —dijo, con voz tensa—. En dos días aquí, ya tenemos un muerto y esto. No sé qué hacer con él. Los presos lo quieren despedazar; aunque la verdad es que no sé si puedan.

Muñoz, al otro lado, guardó silencio un momento.

—Refuercen la vigilancia —ordenó—. El juicio es el viernes. Si no llega vivo, que sea por algo que no podamos evitar. Pero avísenme si pasa algo raro.

En el apando, Agapito colgaba de las cadenas, exhausto. La voz susurraba sin cesar:

—Prepárate, amigo. Esto es solo el comienzo. Pronto todos sabrán mi nombre.

Afuera, en la crujía, los presos planeaban en susurros. Aunque algunos de los que habían visto las sombras moverse, empezaban a temer que Rosas no fuera solo un hombre.

CAPÍTULO 6 ESTALLÓ EL CAOS EN LA CÁRCEL DE LECUMBERRI

El apando donde Agapito permanecía encadenado era una cueva de oscuridad y silencio, roto solo por el goteo constante de una grieta en el techo. La pelea en el patio del día anterior lo había dejado magullado y agotado, sin embargo, la voz en su cabeza no le otorgaba tregua. Desde que lo encerraron, no había cesado de susurrar, alimentada por su miedo y el odio que crecía afuera.

—Vienen por ti —dijo con un tono de deleite—. Pobres idiotas. No saben con quién se meten.

Agapito intentó ignorarla, cerró los ojos y rezó en silencio, pero la entidad lo interrumpió con una risa grave:

—Rezar no te salvará aquí. A tu Dios no le importas, ¿qué más pruebas necesitas? Solo yo puedo salvarte. Y lo haré, quieras o no.

Mientras tanto, afuera, en la crujía, el ambiente estaba caldeado. El Toro, con la cara hinchada y un brazo enyesado, había jurado vengarse desde el catre de la enfermería. Los presos lo rodeaban como perros hambrientos y escuchaban sus órdenes en susurros. El tuerto, con el hombro vendado, y el de las cicatrices, que aún escupía sangre al hablar, eran los más furiosos.

—Ese cabrón no es humano —masculló El Toro, con la voz distorsionada por el dolor—. Nos humilló a todos. Si lo dejamos vivir, perderemos el control de esta crujía. Hay que matarlo hoy.

Un preso chaparrito, con una sonrisa torcida y un cuchillo improvisado escondido en la manga, asintió.

—Lo sacarán al patio mañana antes del juicio —dijo—. Podemos atacarlo ahí. Los guardias no intervendrán si actuamos rápido.

—¡Nada de rápido! —interrumpió El Toro, con ojos brillantes de odio—. ¡Que sufra el cabrón! ¡Que todos vean qué pasa cuando nos desafían!

El plan se tejió en las sombras de la enfermería. Los presos reunieron armas: punzones, trozos de metal afilado, una cadena rota que alguien había arrancado de un catre. Algunos dudaban, al recordar las sombras vistas en el patio, no obstante, el miedo a El Toro superaba cualquier superstición. La venganza se planeó toda la noche, mientras los guardias, ajenos o indiferentes, hacían rondas con disimulo.

La mañana siguiente, el celador de la cicatriz abrió el apando de Agapito. Lo encontró colgado de las cadenas, con la cabeza gacha, pero los ojos abiertos, brillantes en la penumbra.

—Te ves vivo todavía —dijo con una mueca—. Qué lástima. Hoy te soltarán al patio con los demás. A ver cuánto duras.

Lo desataron y lo arrastraron a la crujía, donde lo arrojaron a su celda. Los presos lo miraron al pasar; algunos golpearon las rejas con tazas de metal, otros silbaron para dar la señal. Agapito se acurrucó en el catre, tembloroso, mientras la voz susurraba:

—Prepárate, amigo. Será divertido.

A mediodía, los guardias abrieron las celdas para la hora libre en el patio. Agapito salió esposado, flanqueado por dos celadores que lo dejaron en el centro del patio y se retiraron a la torre de vigilancia. El Toro ya estaba ahí, maltrecho pero imponente, rodeado por su grupo de malandros. La niebla del día anterior había dado paso a un sol débil que apenas calentaba, aunque el aire estaba cargado de tensión. Los demás presos formaron un círculo y dejaron a Agapito solo frente a sus verdugos.

El Toro dio un paso adelante y mostró un punzón largo y oxidado.

—Se acabó tu suerte, Rosas —dijo con una sonrisa torcida—. Aquí no hay Diablo que te salve.

Agapito retrocedió, con el corazón a punto de salirse del pecho.

—No quiero pelear —balbuceó—. Déjenme en paz.

La voz rugió en su cabeza:

—No seas débil. Déjame a mí. Los destrozaremos.

Antes que pudiera responder, El Toro se lanzó y levantó el punzón hacia su pecho. Los demás lo siguieron y cerraron el círculo con armas en mano. Pero entonces, el frío regresó, un frío que heló el aire y oscureció el patio. Los ojos de Agapito se volvieron negros, y su cuerpo se movió solo: esquivó el golpe con una rapidez inhumana, agarró el otro brazo de el maleante y lo retorció hasta quebrar el hueso, arrancándole un grito. El punzón cayó al suelo; con un giro salvaje, Agapito lo tomó y lo clavó varias veces en las piernas del recluso, dejándolo inmóvil.

Los otros presos atacaron, aunque era como pelear contra un torbellino. El tuerto intentó apuñalarlo por la espalda, sin embargo, Agapito se giró y le estrelló el puño en la cara, derribándolo con la nariz fracturada. El de las cicatrices alzó un trozo de madera, pero Agapito lo derribó con una patada en el pecho que lo dejó sin aire en los pulmones. La voz reía, un eco que resonaba en el patio:

—¡Más! ¡Más sangre! ¡Que todos caigan!

El círculo de presos se rompió. Algunos corrieron y gritaron sobre sombras que se movían entre ellos; otros se quedaron, paralizados por el terror. El Toro, tirado en el suelo, levantó una mano ensangrentada y suplicó:

—¡Ya para, maldito! ¿Qué eres?

Agapito no respondió. Sus ojos negros brillaban, y una sonrisa cruel, que no era suya, cruzó su rostro. Las sombras en el patio se alargaron y tomaron formas retorcidas que avanzaron hacia los presos caídos. Uno comenzó a gritar cuando algo invisible lo levantó y lo arrojó contra el muro. ¡El caos era total!

Los guardias, desde la torre, dispararon al aire, aunque esta vez no bastó. Bajaron al patio con rifles y macanas, golpeando a quien se cruzara. Dos celadores sujetaron a Agapito y lo derribaron con una lluvia de golpes hasta que cayó inconsciente. El Toro y sus hombres quedaron tirados, algunos vivos, otros inmóviles, mientras los demás presos enfrentaban demonios y sombras.

Lo arrastraron al apando y lo encadenaron con grilletes que le cortaban la piel. El guardia de la cicatriz lo miró, confundido, antes de cerrar la puerta.

—No sé qué traes, pero esto no acabará bien —dijo—. El director ya está harto de tus locuras.

En la oscuridad, Agapito despertó horas después, con el cuerpo destrozado. La voz habló, satisfecha:

—¿Ves? Nadie puede con nosotros. Son míos ahora. Y tú también.

Entretanto, el capitán Martínez, en su oficina, recibió el informe del caos: cuatro presos heridos de gravedad, uno muerto aplastado contra el muro, y la crujía al borde del motín. De inmediato llamó al juez Muñoz, con voz titubeante:

—Rosas no es humano. Esto no es una prisión, es un maldito infierno desde que llegó. El juicio es mañana, pero no sé si lleguemos.

Muñoz, al otro lado de la línea, guardó silencio como siempre:

—Refuercen todo. Si muere antes, que sea por los presos, no por nosotros. Y recuerde, no quiero más muertos.

En el apando, Agapito colgaba de las cadenas, con lágrimas en el rostro. La voz seguía:

—Mañana será nuestro día, Agapito. El juicio será solo el comienzo.

Afuera, los presos susurraban en sus celdas y planeaban un último ataque, aunque el miedo los dividía. Las sombras seguían moviéndose, y Lecumberri temblaba bajo un poder que nadie podía controlar.

Esa noche, el apando donde Agapito permanecía encadenado parecía más pequeño, como si las paredes se cerraran a su alrededor. El enfrentamiento en el patio había dejado un rastro de sangre y miedo, y también algo peor: un aire pesado, donde las sombras del averno vagaban libres. Agapito temblaba, con el cuerpo molido y la mente al borde del colapso. La voz, que no había dejado de susurrar tras la pelea, ahora resonaba con una fuerza que lo llenaba de terror.

—¿Sientes eso? —dijo, con un tono casi rugiente—. Este lugar es mío ahora. Y esta noche... esta noche será nuestra.

Agapito intentó responder y suplicarle que parara, pero su garganta estaba seca, y las palabras se ahogaron en un gemido. La entidad no necesitaba su permiso; había encontrado en Lecumberri un pozo de odio y desesperación del cual alimentarse, y su poder crecía con cada grito, cada gota de sangre derramada.

Los presos, que aún planeaban vengarse de Agapito, se habían callado por el momento y miraban las sombras que se movían por los pasillos. El Toro, tirado en su celda con ambos brazos rotos y las piernas destrozadas, murmuraba maldiciones,

aunque incluso él sentía algo extraño. Los guardias hacían rondas rápidas, con linternas que temblaban en sus manos, mientras susurraban sobre ruidos inexplicables: risas lejanas, pasos donde no había nadie, un frío que les calaba los huesos.

Cerca de la medianoche, el ambiente se tornó más denso, y las paredes de la prisión comenzaron a vibrar. Las lámparas de aceite parpadearon y se apagaron, al tiempo que dejaban a Lecumberri en una oscuridad absoluta. En el apando, Agapito abrió los ojos de golpe, sintió cómo el frío lo envolvía. La voz habló, clara y triunfal:

—Es hora, Agapito. Les mostraremos lo que soy.

Antes que pudiera protestar, su cuerpo se arqueó contra las cadenas, y un grito inhumano escapó de su garganta, un sonido que resonó por toda la crujía. Las cadenas crujieron y se rompieron como si fueran de papel, cayeron al suelo. Agapito se puso de pie, con los ojos negros que brillaban como brasas en la penumbra. La puerta del apando se abrió de golpe, doblándose hacia afuera con un chirrido agudo.

En la crujía, el caos estalló. Las puertas de las celdas comenzaron a temblar, y una a una se abrieron, liberando a los presos. No era una fuga; era algo peor. Sombras negras, altas y retorcidas, surgieron de las esquinas y se movieron con una velocidad imposible. Los presos gritaban: algunos corrían hacia los pasillos, otros se golpearon contra las paredes en un frenesí de terror. El Toro intentó levantarse, aunque una sombra lo alzó del suelo y lo estrelló contra el techo, dejándolo colgado como una marioneta rota.

Los guardias dispararon sus rifles, aunque las balas atravesaban las sombras sin efecto. El celador de la cicatriz, atrapado en el pasillo, alzó su macana contra una figura que se le acercaba, pero esta lo agarró por el cuello y lo lanzó contra una reja, partiéndole el cráneo. El director, capitán Martínez, alertado por los gritos, salió de su oficina con una escopeta, aunque lo que

vio lo paralizó: decenas de sombras avanzaban por la prisión, y en el centro del caos, Agapito caminaba, con una sonrisa que no era suya y los ojos brillosos en la oscuridad.

La voz rugió, ahora audible para todos:

—¡Este es mi reino! ¡Todos me pertenecen!

Las sombras no solo atacaban; poseían. Presos y guardias caían al suelo, convulsionándose, para luego levantarse con los ojos negros, movidos como títeres por la entidad. Un guardia joven se arrancó el uniforme a tirones, se arañó la cara con desesperación y estalló en una risa desquiciada que resonó por todo el pasillo. Un preso viejo, que había jurado matar a Agapito, se lanzó contra un compañero y le arrancó la garganta con los dientes.

Agapito, atrapado en su propio cuerpo, veía todo desde un rincón de su mente, gritaba en silencio, pero la entidad lo usaba como un vehículo. Intentó luchar y recordar las palabras del padre Ignacio, sin embargo, la voz lo sometió:

—No hay cura que te salve ahora. Me diste entrada, y este lugar me dio poder. Somos uno, y pronto seremos muchos.

El caos se extendió más allá de la crujía «I». Las puertas de otras crujías comenzaron a abrirse, y los presos liberados corrían o caían bajo el influjo de las sombras. El patio central se llenó de cuerpos, algunos vivos, otros muertos, mientras la torre de vigilancia ardía, encendida por un fuego sin origen. Lecumberri se convirtió en un infierno vivo, un campo de batalla donde la entidad reinaba suprema.

El capitán Martínez intentó escapar, aunque una sombra lo alcanzó y lo arrastró de vuelta a su oficina. Antes de ser asesinado, gritó por teléfono al juez Muñoz, con voz rota:

—¡Rosas desató algo! ¡La prisión está perdida! ¡Manden ayuda, por Dios!

LA VOZ MAIDITA

La línea se cortó cuando la sombra lo aplastó contra la pared. Muñoz, en su cama, colgó el auricular, pálido, y llamó al padre Ignacio de inmediato.

En el corazón de la prisión, Agapito caminaba entre las sombras, mientras la voz reía sin parar. El juicio del viernes ya no importaba; la entidad había encontrado un nuevo propósito: no solo poseer a Agapito, sino también convertir Lecumberri en su dominio y, quizás, al mundo entero en su presa.

Afuera, bajo un cielo negro sin estrellas, los gritos de la prisión se alzaban como una advertencia que nadie en la ciudad podía ignorar.

CAPÍTULO 7 EXORCISAN A AGAPITO EN LA SEXTA COMISARÍA

La noche del jueves, Lecumberri se había convertido en un infierno viviente. Los gritos de los presos y guardias resonaban más allá de los muros, hasta llegar a las calles cercanas como un eco de pesadilla. La ciudad dormía, ajena al horror; sin embargo, el juez Olegario Muñoz no. La llamada desesperada del capitán Martínez lo había sacado de su cama, y tras colgar el teléfono con manos temblorosas, marcó el número del padre Ignacio.

—Padre, es ahora o nunca —dijo con voz quebrada—. Algo se desató en Lecumberri. Rosas... no sé qué es, al parecer ha destruido todo. Venga rápido.

El sacerdote, que había estado en oración en su pequeña parroquia en Mixcoac, dejó caer el rosario al suelo al escuchar las palabras del juez. Sabía que el exorcismo en Belén no había sido suficiente, que la entidad los había engañado. Sin perder tiempo, tomó su cruz de madera, un frasco de agua bendita y una Biblia gastada, para salir bajo la llovizna que aún cubría la ciudad.

Llegó a Lecumberri poco antes del amanecer, escoltado por dos gendarmes armados que Muñoz había enviado. La prisión parecía zona de guerra, con la torre de vigilancia en llamas y un humo negro que se alzaba al cielo. Los muros temblaban por los gritos desgarradores que escapaban de su interior. Los gendarmes, pálidos, dudaron en avanzar, pero el sacerdote los apresuró con una voz que no admitía réplica:

—No hay tiempo que perder. Síganme.

La puerta principal de madera estaba abierta, arrancada de tajo. Dentro, el caos era absoluto. Cuerpos yacían en los pasillos —presos y guardias por igual—, algunos muertos, otros

convulsionándose con los ojos negros y vacíos. Sombras altas y retorcidas se movían entre las ruinas, para deslizarse por las paredes y el suelo como si fueran líquidas. El padre Ignacio alzó su cruz, para rezar en voz alta:

—¡Domine, salva nos de tenebris!

Los gendarmes dispararon a una sombra que se acercaba, aunque las balas la atravesaron sin efecto. El padre les gritó que corrieran hacia el centro de la prisión, donde el ambiente se sentía más denso. Sabía que Agapito estaba ahí, el núcleo de esta tormenta infernal.

Llegaron a la crujía «I» tras atravesar un corredor lleno de sangre y restos. El patio estaba en ruinas, con cuerpos esparcidos y un fuego que ardía sin consumir nada. En el centro, Agapito permanecía de pie, inmóvil, con los ojos negros que brillaban y las manos extendidas como si dirigiera una sinfonía macabra. Las sombras lo rodeaban, para girar en un torbellino que parecía alimentarse de su presencia. La voz resonó, audible para todos, un rugido que hizo temblar el suelo:

—¡Nadie me detiene! ¡Este lugar es mío, y pronto lo será todo!

El padre Ignacio avanzó, con la cruz en alto y el agua bendita en la mano. Las sombras se abalanzaron hacia él, aunque retrocedieron al ver la luz que parecía emanar de la cruz. Los gendarmes, aterrorizados, se quedaron atrás, mientras disparaban de manera inútil al aire.

—¡Agapito! —gritó el cura para enfrentarlo—. ¡Sé que estás ahí! ¡Pelea, hijo! ¡No permitas que te use!

La figura de Agapito se giró de forma lenta, y una sonrisa cruel cruzó su rostro, una que no era suya. La voz habló a través de él, profunda y cavernosa:

—Agapito ya no existe, viejo. Solo estoy yo. Tu fe es débil, tus juguetes no sirven. Este hombre me pertenece, y con él, todo esto.

El sacerdote roció agua bendita hacia adelante, y el líquido chisporroteó al tocar el suelo, para formar un círculo de vapor que detuvo a las sombras por un momento. Abrió su Biblia y comenzó a leer con fuerza, con su voz que resonaba sobre el rugido de la entidad:

—¡In nomine Jesu Christi, expello te, spiritus nequam!

El cuerpo de Agapito se estremeció, y un grito inhumano escapó de su garganta. Las sombras se agitaron, algunas para disolverse en el aire, aunque otras se volvieron más densas, para atacar el círculo de vapor. El sacerdote no cedió. Se paró frente a Agapito y puso su mano en su cabeza, a pesar del frío, que le quemaba la mano.

—¡Escúchame, hijo! —gritó—. ¡Tú lo dejaste entrar, tú puedes echarlo! ¡Recházalo! ¡Por María, por tus niños, por tu alma!

Dentro de su mente, Agapito escuchó las palabras del cura como un eco lejano. Estaba atrapado; tan solo actuaba como un simple espectador, observaba todo el horror desde un rincón oscuro. Mientras las imágenes de María y los niños, con sus rostros tristes en sus sueños, lo golpearon. Lágrimas corrieron por su rostro poseído, y con un esfuerzo que le arrancó el aliento, susurró:

—No te quiero... Vete...

La entidad rugió, y el cuerpo de Agapito se convulsionó.

—¡No puedes deshacerte de mí! —gritó—. ¡Soy eterno!

El sacerdote levantó la cruz y la presionó contra el pecho de Agapito, para gritar:

—¡Exi, daemonium! ¡Por la sangre de Cristo, te expulso!

Un viento helado barrió el patio, y un chillido ensordecedor llenó el aire. Las sombras se retorcieron, algunas desvaneciéndose, otras huyendo hacia las grietas de los muros. El cuerpo de Agapito se arqueó de forma violenta antes de caer al suelo, inmóvil. El zumbido cesó, y las llamas en las torres se apagaron de golpe, al tiempo que dejaba un silencio sepulcral.

El padre Ignacio, exhausto, se desplomó junto a él mientras jadeaba. Los gendarmes corrieron al centro, con las armas que aún temblaban en sus manos. Uno revisó a Agapito, percatándose que respiraba en forma débil, pero seguía con vida.

—¿Se acabó? —preguntó el gendarme, con voz temblorosa.

El padre, con la cruz aún en mano, negó con la cabeza.

—No lo sé —murmuró—. Lo debilitamos otra vez, aunque esa cosa... no muere fácil.

El amanecer llegó, para traer una luz tenue que iluminó las ruinas de Lecumberri. Los presos sobrevivientes yacían en las celdas, algunos inconscientes, otros balbuceaban sobre sombras y ojos rojos. Los celadores restantes, pocos y aterrorizados, intentaban restaurar el orden, aunque la prisión estaba destrozada: paredes agrietadas, puertas arrancadas, cuerpos esparcidos.

El juez Muñoz llegó poco después, acompañado por más gendarmes y un médico militar. Encontró al padre Ignacio arrodillado junto a Agapito, que seguía inconsciente.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Muñoz, para mirar el desastre con incredulidad.

—Un demonio —respondió el padre, agotado—. O algo peor. Lo contuvimos, aunque no sé por cuánto tiempo. Este hombre necesita ayuda, y esta prisión... hay que clausurarla.

Muñoz frunció el ceño, pero no discutió. Ordenó que trasladaran a Agapito a una celda vigilada en la sexta comisaría, bajo custodia armada, hasta que decidieran qué hacer con él. El juicio, planeado para el día siguiente, se pospuso de manera indefinida.

En la celda nueva, Agapito despertó horas después, con el cuerpo débil pero la mente clara. El silencio era real otra vez, mas un eco lejano, un susurro apenas audible, lo hizo temblar:

—Volveré, Agapito. Siempre vuelvo.

El padre Ignacio, sentado junto a él con la cruz en mano, lo miró con tristeza.

—Descansa, hijo —mencionó—. Esto no ha terminado, por hoy ganamos una batalla.

Por otro lado, Lecumberri, en ruinas, se convirtió en testimonio mudo de una noche en que el «Palacio Negro» se enfrentó a lo innumerable: algo que ni los muros supieron contener.

La sexta comisaría, un edificio viejo y descolorido en el corazón del Distrito Federal, era un refugio temporal para Agapito tras el desastre de Lecumberri. Aún seguía débil y aturdido, bajo la vigilancia de cuatro gendarmes armados y el ojo atento del padre Ignacio. La celda donde lo encerraron era pequeña, aunque más limpia que las de Belén o Lecumberri, con paredes de cemento, una ventana enrejada alta y un catre con una manta delgada. Sin embargo, el silencio que lo rodeaba no era reconfortante; era un vacío que lo ponía nervioso, como la calma antes de una gran tormenta.

Agapito pasó el resto del día en un sueño intermitente, con el cuerpo tembloroso por la fiebre y el eco lejano del caos en Lecumberri que resonaba en su mente. El padre Ignacio estaba cerca, sentado en una silla fuera de la celda, con la cruz en una mano y la Biblia en la otra, mientras rezaba en voz baja. El juez Muñoz había ordenado que no lo dejaran ni un minuto solo, por temor a que pudiera repetirse lo de Lecumberri. Aunque nadie sabía cuánto tiempo podían contener algo que no entendían del todo.

Al amanecer, un sol pálido se coló por la ventana, para iluminar el rostro demacrado de Agapito. Despertó con un sobresalto, al sentir un frío sutil que le recorrió el cuerpo. El silencio en su mente seguía ahí, aunque algo lo inquietaba, una presión en el pecho, como si algo lo observara desde las sombras. Se incorporó de forma lenta para mirar alrededor, pero la celda estaba vacía. El padre Ignacio, agotado tras horas de vigilia, cabeceaba en su silla, con la cruz que se deslizaba de sus dedos.

Entonces lo oyó, un susurro, débil, aunque inconfundible, como un viento lejano que traía palabras:

—No creas que ganaste, Agapito. Estoy aquí. Siempre estoy aquí.

El corazón de Agapito se aceleró. Se apretó la cabeza con las manos mientras susurraba:

—No... Por favor, no...

La voz creció, un eco que vibró en las paredes:

—Ese cura débil no me detuvo. Solo me retrasó. Este lugar no es Lecumberri, aunque tu miedo... tu miedo me basta.

El frío se intensificó, y la luz del sol parecía apagarse, al dejar la celda en una penumbra. Agapito gritó, para despertar al padre Ignacio con un sobresalto. De inmediato se levantó, al tiempo que agarraba la cruz y corría hacia la reja.

—¡Hijo! ¿Qué pasa? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

—¡Está de vuelta! —sollozó Agapito, mientras retrocedía hacia la pared—. ¡La oigo! ¡Dice que no le ganó!

El padre Ignacio maldijo en voz baja y llamó a los gendarmes apostados en el pasillo.

—¡Traigan agua bendita, rápido! —ordenó—. ¡Y avisen al juez!

La celda se sacudió, con un susurro de terror, y un zumbido grave llenó el aire. Las sombras, en las esquinas, se alargaron para formar figuras difusas que se movían, de forma lenta, hacia Agapito. La voz habló de nuevo, ahora clara y feroz:

—No necesito una prisión para reclamarte. Me diste entrada hace mucho; por eso tu alma ya era mía. Este es mi último intento, y no fallaré.

El cuerpo de Agapito se arqueó, y sus ojos comenzaron a oscurecerse, para pasar de un marrón opaco a un negro brillante. El sacerdote golpeó la reja, mientras gritaba:

—¡Aguanta, hijo! ¡Recházalo! ¡No lo dejes entrar otra vez!

Dos gendarmes llegaron a toda prisa, uno con un frasco de agua bendita que el cura había dejado en la comisaría, el otro con una lámpara que titubeaba en sus manos temblorosas. El padre tomó el frasco; roció el agua a través de la reja, salpicando a Agapito. El líquido chisporroteó al tocarlo, y un grito inhumano escapó de su garganta, un sonido que hizo retroceder a los gendarmes.

—¡Abre la celda! —ordenó el padre Ignacio, pero el gendarme dudó, con la mano temblorosa intentaba introducir la llave.

—¡Es peligroso, padre! —protestó—. ¡Mire sus ojos!

—¡Abre ahora o será peor! —gritó el cura, y el hombre obedeció, al girar la llave con dedos torpes.

El sacerdote entró de un salto, al tiempo que alzaba la cruz y la presionaba contra el pecho de Agapito.

—¡In nomine Domini, expello te! —gritó, con la voz quebrada por el esfuerzo—. ¡Sal de este hombre, espíritu inmundo! ¡Te lo ordeno por Dios y todos los santos!

Las sombras se abalanzaron, para golpear al cura con un viento helado, pero él no cedió. Agapito convulsionó y cayó al suelo mientras la voz rugía:

—¡No puedes conmigo! ¡Soy más viejo que tus dioses! ¡Soy la noche misma!

El sacerdote, con lágrimas que corrían por su rostro, tomó la Biblia y la abrió en el Salmo 23, para leer con una fuerza desesperada:

—El Señor es mi pastor, nada me faltará... Aunque camine por el valle de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno...

La entidad chilló, y el cuerpo de Agapito se retorció en el suelo. Las sombras se alzaron como una ola, pero el padre roció más agua bendita, para formar un círculo alrededor de ambos.

—¡Agapito, pelea! —suplicó—. ¡Por tu familia, por ti mismo! ¡Dile que no!

Dentro de su mente, Agapito escuchó al cura como un faro en la tormenta. La entidad lo aplastaba, para llenarlo de imágenes de sangre y muerte —María, los niños, los presos—, pero también de su infancia, de su padre que alzaba el machete, de la sombra que lo salvó. «Me diste vida», decía la voz. No obstante, algo se rompió en él. Recordó la súplica del padre Ignacio en la cárcel de Belén, la tristeza de su mujer en sueños, y con un esfuerzo que le arrancó el alma, gritó:

—¡No te quiero! ¡Nunca te quise! ¡Vete de mí, maldito!

Un rugido ensordecedor llenó la celda, y las sombras se contrajeron, como si algo las succionara hacia Agapito. Sus ojos negros brillaron una última vez antes de apagarse, para volver a su color natural. El cuerpo se desplomó, inmóvil, mientras un viento helado barrió la comisaría y se desvaneció por la ventana. Las sombras desaparecieron, y el zumbido cesó.

El padre Ignacio cayó de rodillas jadeante, con la cruz aún en mano. Los gendarmes entraron a la vez que apuntaban con sus rifles, aunque no había nada que amenazar. Agapito yacía en el suelo, respiraba en forma débil, con el rostro cubierto de sudor. El cura lo tocó con la mano temblorosa.

—¿Se fue? —preguntó uno de los gendarmes—. Creo que esta vez se fue de verdad.

El otro guardia, pálido, balbuceó:

—¿Qué fue eso, padre? ¿Qué le sacó?

El sacerdote negó con la cabeza, agotado.

—Un demonio. Una sombra de su pasado. Y ahora él lo rechazó... al fin lo rechazó.

El juez Muñoz llegó minutos después, alertado por los gritos. Encontró la celda en calma, con Agapito inconsciente y el padre Ignacio arrodillado a su lado.

—¿Terminó? —preguntó, con voz tensa.

—Creo que sí —respondió el padre, mientras se levantaba con dificultad—. Aunque este hombre necesita paz. No más prisiones. Si lo juzgan, que sea con misericordia.

Muñoz asintió, al tiempo que miraba a Agapito con una mezcla de miedo y lástima. Ordenó que lo llevaran a un hospital

bajo custodia, lejos de cualquier celda, hasta que decidieran su destino.

Esa noche, Agapito despertó en una cama de hospital, con esposas en las muñecas, pero sin cadenas en el alma. El silencio era completo, un silencio que no había sentido desde su infancia, antes de los golpes, antes de la sombra. Lloró en silencio, sin que nadie lo viera; no de miedo, sino de alivio.

El padre Ignacio, sentado a su lado, sonrió de manera sutil.

—Descansa, Agapito —dijo—. Creo que ganaste.

Pero en un rincón oscuro de la ciudad, bajo un cielo sin luna, un susurro débil, apenas un eco, se desvaneció en el viento:

—Hasta que me llames otra vez...

CAPÍTULO 8 AGAPITO ES ENCONTRADO CULPABLE

Tras el último enfrentamiento con la entidad en la sexta comisaría, Agapito pasó diez días en un hospital militar bajo estricta custodia. Su cuerpo se recuperaba de manera lenta, los moretones y cortes sanaban, la fiebre cedía, y el temblor en sus manos disminuía. Sin embargo, su mente era otro campo de batalla. Dormía poco, con temor a que el silencio se rompiera con ese susurro que lo había atormentado por tanto tiempo. Aun así, la voz no volvió. El padre Ignacio, que lo visitaba a diario, le aseguraba que había ganado, que su rechazo final había cerrado la puerta a la entidad. Agapito quería creerle, aunque el miedo seguía ahí, enterrado como una semilla.

El juez Olegario Muñoz, presionado por el desastre de Lecumberri y las preguntas sin respuesta, pospuso el juicio varias veces. La prisión estaba clausurada, sus ruinas bajo la vigilancia de gendarmes que murmuraban sobre demonios y sombras. Los informes oficiales culpaban a un motín masivo, no obstante, los rumores en la ciudad —alimentados por periódicos sensacionalistas como *El Universal*— hablaban de algo más oscuro. Muñoz sabía que el caso de Agapito no era ordinario, pese a esto, la ley exigía un veredicto, y el miércoles, 16 de marzo fue el día elegido.

Después de varios días de calma, el tan esperado día llegó. La sala del juzgado, un edificio austero cerca de la Plaza Mayor, estaba llena ese día. Periodistas, curiosos y algunos familiares de presos muertos en Lecumberri se apretujaban en los bancos de madera. Agapito entró esposado, flanqueado por dos gendarmes, con la cabeza gacha y el uniforme limpio, aunque desgastado. Su rostro estaba pálido, los ojos hundidos, aunque había una calma en él que no había mostrado antes. El padre Ignacio lo seguía de cerca, con su sotana gastada y la cruz colgada del cuello, dispuesto a testificar si era necesario.

El juez Muñoz presidía desde un estrado elevado, con el rostro tenso y un montón de papeles frente a él. A su derecha, el fiscal, un hombre flaco de traje oscuro, que llevaba preparada su acusación. A la izquierda, un abogado joven y nervioso, asignado a Agapito por el estado, hojeaba sus notas con manos temblorosas. El juicio comenzó con un golpe de martillo que resonó en la sala.

—Agapito Rosas —dijo Muñoz, con voz grave—. Se le acusa del triple homicidio de María López Domínguez, Felipe Rosas López y Juan Rosas López, cometido el 4 de febrero de 1928, con premeditación, alevosía y ventaja. ¿Qué tiene que decir?

Agapito alzó la vista después de tragar saliva.

—Soy culpable —murmuró, apenas audible—. Los maté. Pero no estaba solo... Algo me obligó.

Un murmullo recorrió la sala. El fiscal se levantó de inmediato, tras ajustarse los anteojos.

—Señoría, el acusado confesó bajo una droga experimental en el Manicomio de La Castañeda. Golpeó a su esposa e hijos con una piedra de metate hasta matarlos. Pido la pena de muerte, ejecución pública por fusilamiento, como dicta el código penal para crímenes tan atroces.

El abogado de Agapito se puso de pie, torpe, aunque decidido.

—Señoría, mi cliente no estaba en pleno uso de sus facultades. Los informes de La Castañeda, Belén y Lecumberri muestran eventos extraños: violencia inusual, testimonios de sombras y posesiones. El padre Ignacio puede atestiguar. Solicito clemencia, que se le interne en un sanatorio, no la muerte.

Muñoz frunció el ceño después de hojear los informes. Llamó al padre Ignacio al estrado. El cura, con paso firme, juró sobre la Biblia y habló:

—Este hombre fue poseído por un demonio —dijo, con la mirada fija en la sala—. Lo vi con mis propios ojos. Hice dos exorcismos: uno en Belén, otro en Lecumberri. La entidad lo controló, lo usó para matar. Él luchó y la rechazó al final. No es un asesino común; es una víctima también.

Los murmullos se volvieron gritos. Algunos periodistas garabatearon de manera furiosa, otros se santiguaban. El fiscal replicó, incrédulo:

—¡Esto es absurdo, señoría! ¿Vamos a creer en cuentos de demonios? ¡Es una excusa para evadir la justicia!

Muñoz alzó una mano, para silenciar la sala. Miró a Agapito, que temblaba en su asiento, y luego al padre Ignacio, cuya calma contrastaba con el caos.

—He visto los informes —dijo Muñoz, con voz pesada—. Lecumberri está en ruinas, hay decenas de muertos, y nadie explica qué pasó. No soy hombre de supersticiones, pero algo ocurrió con este hombre. La ley exige castigo, aunque también justicia.

El juicio se extendió por horas. Testigos hablaron, un gendarme de Belén juró haber visto sombras, un médico de La Castañeda confirmó la confesión bajo droga, aunque admitió anomalías en el comportamiento de Agapito, y un preso sobreviviente de Lecumberri balbuceó sobre ojos rojos antes de derrumbarse en llanto. El fiscal insistió en la ejecución; el abogado, en la locura. El sacerdote pidió redención.

Al caer la tarde, Muñoz dio su veredicto. Golpeó el martillo y habló:

—Agapito Rosas, lo halló culpable del triple homicidio de su familia. Las pruebas son claras, usted cometió los actos. Pese a esto, los eventos en La Castañeda, Belén y Lecumberri sugieren una perturbación más allá de lo normal. No puedo ignorar los testimonios ni el estado de la prisión. La pena de muerte se conmuta, será internado de por vida en el Manicomio de La Castañeda, bajo vigilancia estricta y atención médica. Que Dios tenga misericordia de su alma.

La sala estalló en murmullos, algunos de aprobación, otros de protesta. Agapito bajó la cabeza, con lágrimas que corrían por su rostro. No era libertad, pero tampoco pena de muerte. El padre Ignacio se acercó, tras posar una mano en su hombro.

—Es lo mejor que podíamos esperar, hijo —mencionó—. Ahí estarás seguro, y yo te visitaré.

El fiscal salió furioso después de prometer apelar, aunque Muñoz lo ignoró, para cerrar el caso. Esa noche, Agapito fue trasladado de nuevo a La Castañeda, escoltado por gendarmes y el cura. La celda donde lo encerraron era acolchada, con una ventana pequeña y una cama sencilla. Por primera vez en meses, durmió sin pesadillas, con un silencio que parecía real.

Días después, en su nueva rutina de encierro, Agapito comenzó a escribir en un cuaderno que el padre Ignacio le había dado, para relatar su historia como una advertencia. Los médicos lo vigilaban, sin embargo, él se mantenía callado, con temor a que cualquier palabra abriera una grieta y que la voz pudiera volver. El padre Ignacio lo visitaba, para rezar con él, y le aseguraba que el demonio se había ido.

Aun así, una noche, mientras miraba la luna por la ventana, un escalofrío lo recorrió. No oyó nada, no vio sombras, aunque sintió una presencia, un eco distante que no podía nombrar. Se santiguó, tras aferrarse a la cruz que el sacerdote le había dejado, y susurró:

—No te dejaré entrar otra vez.

Pero en un rincón oscuro de la ciudad, bajo un cielo sin estrellas, algo esperaba, paciente, como siempre había hecho.

El veredicto del juez Olegario Muñoz no había sentado bien al fiscal, don Ernesto Salazar, un hombre de rostro afilado y ojos fríos que veía en el caso de Agapito Rosas una afrenta personal. Para él, la conmutación de la pena de muerte por internamiento en La Castañeda era una burla a la justicia, un precedente peligroso que permitía a un asesino confeso eludir el castigo con cuentos de demonios y exorcismos. Desde el cierre del juicio el 16 de marzo, Salazar había trabajado sin descanso, para reunir pruebas y redactar una apelación que presentaría ante el Tribunal Superior del Distrito Federal. Su meta era clara, llevar a Agapito al paredón.

En La Castañeda, Agapito vivía sus días en una rutina frágil. La celda acolchada se había convertido en su mundo, un espacio de paredes blancas y silencio roto solo por los pasos de los enfermeros y las visitas del padre Ignacio. Los médicos lo observaban como a un espécimen raro, para tomar notas sobre su comportamiento y administrar sedantes suaves para mantenerlo tranquilo. Él se aferraba al cuaderno que el sacerdote le había dado, para escribir fragmentos de su historia con una caligrafía torpe, como si plasmarla en papel pudiera exorcizarla de su mente. El silencio era aún su refugio, aunque también su tormento; cada noche, al cerrar los ojos, temía que el susurro regresara.

En días posteriores, Salazar presentó su apelación en una sala del Tribunal Superior, un edificio imponente de piedra con vitrales polvorientos. La audiencia reunió a tres jueces, don Rafael Gómez, un hombre anciano de mirada severa; doña Clara Vargas, una mujer joven pero implacable; y don Miguel Torres, un juez taciturno conocido por su rigor. Salazar se plantó ante ellos, con un fajo de documentos en la mano, y habló con voz cortante:

—Señores jueces, el caso de Agapito Rosas es una aberración jurídica. El acusado confesó el triple homicidio de su familia bajo una droga en La Castañeda, un acto premeditado y brutal. El juez Muñoz, influido por testimonios supersticiosos y el relato de un cura, conmutó la pena de muerte por internamiento psiquiátrico. Esto no es justicia; es indulgencia disfrazada de piedad. Pido que se revoque el fallo y se ordene la ejecución pública, como manda la ley para crímenes de esta magnitud.

El abogado de Agapito, el joven don Luis Pérez, se levantó nervioso, aunque firme.

—Señores jueces, mi cliente no niega su culpa, sin embargo, los eventos en Belén y Lecumberri —documentados por guardias, médicos y el padre Ignacio— muestran que no actuó en pleno control. La entidad que lo poseyó lo llevó a esos actos y al caos que destruyó la prisión. El internamiento en La Castañeda es un castigo justo y una protección para la sociedad. La pena de muerte ignoraría esta verdad.

El juez Gómez alzó una ceja, tras mirar a Salazar.

—¿Qué responde a esos eventos, fiscal? Lecumberri está clausurado, hay decenas de muertos, y los informes son... inusuales, por decir lo menos.

Salazar apretó los labios, para contener su frustración.

—Señoría, no hay prueba científica de posesiones ni demonios. Lo que ocurrió en Lecumberri fue un motín exacerbado por la violencia de Rosas, un hombre manipulador que usó su locura como excusa. Los testimonios de sombras son delirios de mentes débiles o supersticiosas. La ley no puede basarse en cuentos de ancianos.

Doña Clara intervino, con voz calmada pero firme:

—Los informes médicos de La Castañeda muestran un comportamiento anómalo en el acusado, y los guardias de Belén

y Lecumberri coinciden en hechos que no explican con un motín simple. ¿Cómo lo justifica?

—No hay nada que justificar, Agapito está loco, señora jueza —replicó Salazar—, la locura no exime de responsabilidad. Rosas mató con sus manos, no con fantasmas. Si está loco, que lo ejecuten loco y que pague.

La audiencia se extendió, con Salazar que presentó declaraciones de testigos que negaban lo sobrenatural —un guardia escéptico de Belén, un médico que atribuía todo a histeria colectiva— y Pérez que contraatacó con el testimonio escrito del padre Ignacio y los destrozos inexplicables en Lecumberri. Los jueces deliberaron en privado al caer la tarde, mientras la sala esperaba en un silencio tenso.

En La Castañeda, Agapito sintió un escalofrío esa misma tarde, mientras escribía en su cuaderno bajo la luz de una lámpara. El aire se volvió frío, y un susurro lejano, apenas audible, rozó su oído:

—No te librarás tan fácil...

Se puso de pie de un salto, tras dejar caer el lápiz, y corrió a la puerta acolchada, para golpearla.

—¡Padre! ¡Enfermero! ¡Está aquí otra vez! —gritó, con el corazón acelerado.

Un enfermero llegó de prisa, seguido por el padre Ignacio, que había acudido a su visita diaria. El cura entró a la celda, con la cruz en mano, y lo encontró tembloroso en un rincón.

—¿Qué pasa, hijo? —preguntó, con los ojos llenos de alarma.

—La oí —sollozó Agapito—. Dijo que no me libraré. ¿Y si vuelve por mí?

El sacerdote roció agua bendita alrededor de la celda, para rezar en voz baja, pero no sintió nada extraño. El frío se desvaneció, y el susurro no regresó.

—Puede ser tu miedo, Agapito —dijo, para intentar calmarlo—. O un eco de lo que fue. En estos días te has fortalecido. No dejes que te venza ahora.

Aunque Agapito no estaba seguro, se aferró tembloroso a la cruz que el padre le había dado, mientras el cura permanecía a su lado para rezar hasta altas horas de la noche.

En el Tribunal Superior, los jueces regresaron con su fallo. Don Rafael Gómez habló por los tres, con voz firme:

—Después de revisar la apelación del fiscal Salazar y las pruebas presentadas, mantenemos el veredicto del juez Muñoz. Los eventos en Lecumberri y los testimonios, aunque extraordinarios, sugieren una perturbación que va más allá de la locura común. Agapito Rosas permanecerá internado de por vida en La Castañeda, bajo vigilancia estricta. No hay bases suficientes para revertir la sentencia. Caso cerrado.

Salazar golpeó la mesa con el puño, furioso, pero los jueces lo ignoraron. La sala se vació entre murmullos, y el fiscal salió, no sin antes prometer que llevaría el caso más alto, aunque sabía que sus opciones se agotaban. Pérez respiró aliviado, al tiempo que agradecía a los jueces por su apoyo.

Esa noche, en La Castañeda, Agapito recibió la noticia de boca del cura.

—No serás fusilado —dijo, con una sonrisa cansada—. Estás a salvo aquí, hijo. Podemos trabajar en tu paz ahora.

Agapito asintió, con lágrimas en los ojos.

—¿Y si vuelve, padre? —preguntó, con voz rota—. ¿Y si nunca estoy a salvo?

Ignacio posó una mano en su hombro.

—Entonces lo enfrentaremos juntos. Pero por hoy, debes descansar. Ganaste otra batalla.

Durmió esa noche con un sueño ligero, sin pesadillas, aunque con un escalofrío que no lo abandonaba. El silencio era real, sin embargo, en un rincón de su mente, un eco lejano parecía esperar, paciente, como una sombra que nunca se iba del todo.

Afuera, Salazar quemó sus notas en un callejón, mientras juraba no rendirse, entretanto la ciudad seguía su curso, ajena al hombre que cargaba un abismo en su alma.

CAPÍTULO 9 CONFINADO AL MANICOMIO DE POR VIDA

La vida en el Manicomio de La Castañeda se había convertido en un ciclo monótono para Agapito Rosas. Habían pasado cuatro semanas desde la apelación fallida del fiscal Salazar, y el fallo del Tribunal Superior lo había anclado a este lugar de por vida. Su celda acolchada, con sus paredes blancas y su cama sencilla, era ahora su hogar, un espacio que lo protegía tanto como lo aprisionaba. Los días transcurrían entre silencios largos, interrumpidos por los pasos de los enfermeros, los gritos lejanos de otros internos y las visitas del padre Ignacio, quien se había convertido en su único puente con el mundo exterior.

Cada mañana, un enfermero flaco y de mirada esquiva, al que llamaban «el Mudo» porque apenas hablaba, lo despertaba con un golpe suave en la puerta. Le traía un desayuno: un tazón de avena aguada y un pedazo de pan duro. Agapito comía en silencio, sentado en el catre, mientras observaba la luz que se filtraba por la ventana enrejada. Luego, lo llevaron a una sala común, un cuarto amplio con mesas desvencijadas y sillas cojas, donde los internos —hombres y mujeres de ojos vacíos o inquietos— pasaban las horas murmurando, otros dibujaban en el aire y miraban las paredes.

Agapito se mantenía apartado, temeroso de las miradas que lo seguían. Su historia había llegado a oídos de algunos internos, quienes susurraban entre los pasillos: «El Mataniños», «El Endemoniado». Un viejo con el cabello blanco y los dedos torcidos lo señaló un día y gritó:

—¡Tú trajiste al Diablo aquí! ¡Lo huelo en ti!

Los enfermeros lo silenciaron con una inyección, sin embargo, las palabras dejaron a Agapito desconcertado. Desde entonces, evitaba el contacto y prefería sentarse en un rincón con

el cuaderno que el padre le había dado. Escribía cuando podía, relataba fragmentos de su vida: la choza de su infancia, los golpes de su padre, la noche en que mató a María y los niños. Era una forma de mantener la cordura, de recordar que había sido humano antes que la sombra lo tocara.

El padre Ignacio lo visitaba tres veces por semana, siempre con la misma sotana gastada y la cruz de madera colgada del cuello. Llegaba con un termo de café y un pan dulce, y se sentaba junto a Agapito en la sala común o en su celda si los médicos lo permitían. Hablaban poco al principio, pero con el tiempo, Agapito comenzó a abrirse.

—No sé si estoy vivo o muerto, padre —dijo una tarde, con la mirada perdida—. No oigo la voz, pero siento algo... como si me observara desde lejos.

El cura asintió y le ofreció un pedazo de pan.

—Es el miedo, hijo —respondió—. Esa cosa se fue, aunque dejó cicatrices. Tienes que llenar ese vacío con algo bueno. Reza conmigo, escribe, recuerda a tu familia como eran antes. No dejes que el pasado te venza.

Agapito intentaba seguir el consejo. Rezaba cada noche, aferrado a la cruz que el sacerdote le había dejado mientras pedía a Dios —un Dios en el que apenas empezaba a creer— que lo mantuviera libre. Los médicos, bajo órdenes estrictas del juez Muñoz, lo vigilaban de cerca. El doctor Vargas, el mismo que lo había evaluado meses atrás, lo visitaba cada semana y tomaba notas sobre su estado mental.

—No muestras signos de delirio —dijo una vez, mientras se ajustaba las gafas—. Pese a esto, hay una tristeza en ti que no se va. ¿Sigues con alucinaciones?

—No —respondió Agapito, con voz baja—. Solo silencio. Aunque a veces... siento frío.

Vargas frunció el ceño, anotó algo, pero ya no insistió. Le recetó más sedantes y recomendó que continuara con la escritura como terapia.

Pero el 18 de abril, algo cambió. Era un lunes tranquilo, con un sol pálido que apenas calentaba los muros de La Castañeda. Agapito estaba en la sala común, garabateaba en su cuaderno, cuando un escalofrío le recorrió el cuerpo. El lápiz se le cayó de las manos, y el aire se volvió pesado, como si alguien hubiera abierto una ventana al invierno. Miró alrededor, aunque los internos seguían en lo suyo: una mujer murmuraba sola, un hombre trazaba círculos en una mesa. Nadie más parecía notarlo.

Entonces lo escuchó: un susurro, débil pero claro, como un eco que venía de las paredes:

—No me olvidaste, ¿verdad?

Agapito se puso de pie de un salto. Con el corazón acelerado corrió hacia la puerta y comenzó a gritar:

—¡Enfermero! ¡Padre Ignacio! ¡Está aquí!

El Mudo llegó primero, lo sujetó por los brazos, pero Agapito se zafó y señaló las sombras en las esquinas.

—¡Miren! ¡Se mueven! —gritó, pero el enfermero no vio nada.

Otros internos se agitaron: algunos reían, otros gritaban, y el caos llenó la sala. El doctor Vargas irrumpió con dos enfermeros más y ordenó que lo llevaran a su celda. Lo ataron al catre con correas de cuero, además de inyectarle un sedante que lo dejó mareado, aunque consciente. Vargas lo miró con una mezcla de incredulidad y preocupación.

—No hay nada, Rosas —dijo—. Es tu mente. Cálmate o tendremos que aislarte más.

Agapito jadeó, con lágrimas en el rostro.

—No es mi mente —susurró—. Está a la espera...

El padre Ignacio llegó una hora después, alertado por un enfermero. Encontró a Agapito aún atado, tembloroso bajo la manta. El cura roció agua bendita alrededor de la celda y rezó en voz baja, sin embargo, no sintió la presencia que había enfrentado antes.

—No está aquí —dijo, mientras lo desataba con cuidado—. Puede ser un recuerdo, un eco de lo que fue. Pero si vuelve, lo enfrentaremos. No estás solo.

Agapito asintió, aferrado a la cruz, aunque el miedo no lo abandonaba. Esa noche, durmió con la luz encendida, algo que los enfermeros permitieron por primera vez. No oyó más susurros, no sintió el frío, pese a esto, el sueño fue inquietante, lleno de imágenes borrosas: María lo miraba desde la niebla, los niños corrían en un campo oscuro, y una sombra alta lo observaba desde lejos.

Días después, el doctor Vargas informó al juez Muñoz sobre el incidente.

—Está estable, pero frágil —escribió—. No hay evidencia de alucinaciones activas, no obstante, su temor persiste. Es recomendable vigilancia continua y apoyo espiritual del padre Ignacio.

Muñoz leyó el informe en su despacho y suspiró.

—Que siga ahí —masculló—. No quiero más problemas con este hombre.

En La Castañeda, Agapito continuó su rutina, escribir, rezar y esperar. El silencio era su compañero, aunque también su juez. Cada día se preguntaba si era libre o si la sombra seguía ahí, paciente, a la espera de un momento de debilidad para reclamarlo. El padre Ignacio le traía esperanza, mientras que, en el fondo,

Agapito sabía que su paz era un hilo fino, listo para romperse con el menor susurro.

El incidente del 18 de abril, cuando un susurro fugaz lo había sacudido, no se repitió, y aunque el miedo seguía anidado en su pecho, el silencio parecía haber ganado. Los médicos lo notaban más calmado, y el doctor Vargas incluso redujo sus sedantes, mientras anotaba en su informe: «El paciente muestra signos de estabilización. No hay alucinaciones recientes». Sin embargo, en un rincón oscuro de la ciudad, algo se movía, algo que no había sido derrotado, solo desplazado.

La entidad —llamada «Diablo» por Agapito, «demonio» por el padre Ignacio, y algo más antiguo por sí misma— no había desaparecido tras su expulsión. Rechazada por Agapito en aquel último enfrentamiento en la sexta comisaría, había perdido su ancla, aunque no su esencia. Era una fuerza paciente, nacida de la desesperación y la sangre, un eco de la noche que buscaba un nuevo recipiente. Lecumberri, su campo de poder, estaba clausurado, y Agapito, con su voluntad rota pero firme, ya no era un huésped viable. La entidad necesitaba otro corazón débil, otra alma quebrada que le diera entrada.

Esa noche del 5 de mayo, mientras Agapito dormía en su celda acolchada bajo la tenue luz de una lámpara, la sombra errante se deslizó por las calles del Distrito Federal. No tenía forma fija, era un susurro en el viento, un frío que rozaba a los transeúntes desprevenidos. Pasó por las vecindades de Santa Julia, donde Agapito había vivido, aunque no se detuvo; buscaba un lugar de dolor, un alma resentida.

Llegó a una cantina miserable en los márgenes de Tacuba, un tugurio de paredes sucias y mesas cojas donde los borrachos ahogaban sus penas en pulque y aguardiente. Allí, en un rincón, estaba Jacinto Morales, un hombre de unos cuarenta años, con el rostro curtido por el sol y las manos temblorosas de un alcohólico. Jacinto había sido cargador en el mercado de La Merced hasta

que una pelea lo dejó cojo y sin trabajo. Su mujer lo había abandonado, se llevó a sus dos hijos, y ahora vivía en un cuartucho prestado, gastaba lo poco que mendigaba en beber hasta olvidar.

Esa noche, Jacinto estaba más perdido que nunca. El pulque le quemaba la garganta; a la vez, murmuraba maldiciones contra su vida., contra su mujer, contra el mundo. Golpeó la mesa con el puño, derramó su bebida y gruñó:

—Que alguien me saque de esto... Que alguien me dé fuerza...

La sombra lo escuchó. Era un eco similar al que Agapito había lanzado en su infancia, un ruego nacido de la desesperación. Se deslizó bajo la mesa, invisible para los demás borrachos, y rozó las piernas de Jacinto con un frío que lo hizo estremecer. Él alzó la vista, confundido, pero no vio nada. Solo sintió un peso en el pecho, una presencia que susurró en su mente:

—¿Quieres poder? ¿Quieres vengarte de los que te dejaron así? Permíteme entrar, y te lo daré.

Jacinto parpadeó, con el alcohol que le nublaba los sentidos.

—¿Quién habla? —balbuceó, mientras miraba alrededor. Los otros clientes lo ignoraron, sumidos en sus propias miserias.

—Soy tu salvación —respondió la voz, suave y seductora—. Dime que me quieres, y serás fuerte otra vez.

El hombre rio, amargado, pensó que era el pulque que jugaba con su cabeza.

—Claro, entra, lo que sea —masculló—. Hazme fuerte, maldita sea.

El aire se enfrió, y un escalofrío recorrió su cuerpo. Sus ojos oscurecieron, a la vez que brillaban con un negro profundo. A

continuación, se puso de pie, tambaleante, pero con una energía que no había sentido en años. La voz rio bajito en su mente:

—Bienvenido, Jacinto. Vamos a divertirnos.

Esa misma noche, Jacinto salió de la cantina y caminó por calles oscuras hasta llegar al callejón donde vivía su antiguo jefe, el mismo que lo había despedido tras la pelea. La voz lo guiaba; le susurraba promesas de venganza. Encontró al hombre, un comerciante gordo llamado don Pepe, quien acababa de llegar de su puesto en el mercado. Sin mediar palabras, Jacinto lo agarró por el cuello y lo estrelló contra un carrito de frutas. Lo golpeó con una fuerza que no era suya. Don Pepe gritó, pero nadie lo ayudó: los pocos transeúntes huyeron al ver los ojos negros que brillaban en la penumbra.

La voz reía, se deleitaba:

—Así, Jacinto. Más sangre. Más poder.

Cuando terminó, don Pepe yacía inmóvil en un charco de sangre y frutas aplastadas. Jacinto respiró hondo, con una sonrisa torcida, y se alejó mientras cojeaba, con la entidad anidada en su alma como un parásito hambriento.

En La Castañeda, a kilómetros de distancia, Agapito despertó con un grito ahogado esa misma noche. El frío lo había golpeado en sueños, y por un instante, juró haber oído la risa lejana de la voz. Se incorporó, tembloroso, y buscó la cruz bajo su almohada.

—No estoy loco —susurró—. Está viva... Está en otro lado.

El padre Ignacio llegó al amanecer, alertado por un enfermero. Encontró a Agapito pálido, aferrado a la cruz como a un salvavidas.

—¿Qué pasó, hijo? —preguntó, con el rostro tenso.

—La sentí, padre —dijo Agapito, con lágrimas en los ojos—. No estaba aquí, pero la oí. Está con alguien más.

El padre Ignacio frunció el ceño y se santiguó.

—Si es verdad, entonces no te quiere a ti ya —murmuró—. Buscó otro huésped. Aunque si te habló, es porque no te ha olvidado.

Esa mañana, un gendarme llegó a la comisaría de Tacuba con el reporte del asesinato de don Pepe. Los testigos hablaban de un cojo con ojos extraños, un hombre que había desaparecido en la noche. El juez Muñoz, al enterarse, llamó al padre Ignacio de inmediato.

—¿Es posible? —preguntó, con voz tensa—. ¿Esa cosa que estaba con Rosas ahora anda suelta?

—No lo sé —respondió el cura, agotado—. Aunque si es así, debemos encontrarlo antes que sea otro Lecumberri.

En su celda, Agapito escribió en su cuaderno con mano temblorosa: «No estoy libre. Nadie lo está mientras eso viva». El silencio seguía, pero ahora sabía que no era el fin, solo un respiro. La sombra había encontrado otro cuerpo, y su historia, aunque cerrada para él, seguía tejiéndose en la oscuridad de la ciudad.

CAPÍTULO 10 AGAPITO NO ESTA LOCO

La ciudad continuó su curso. Sin embargo, en Tacuba, Jacinto Morales despertó en su cuartucho con un escalofrío y una risa que no le pertenecía. La voz resonó en su mente, más fuerte que nunca:

—Pobre Agapito. Creyó que, al alejarme, me detendría. Qué estúpido. Tú eres mejor, Jacinto. No me defraudes.

Jacinto sonrió, mientras sus ojos se oscurecieron por un instante. Al haberlo alejado, solo se liberó a la entidad de su primer huésped, lo que le otorgó libertad para crecer en otro. Esa misma noche, salió a las calles, guiado por la voz, en busca de sangre para alimentar su nuevo poder.

El padre Ignacio, en su parroquia, sintió un frío repentino al tiempo que oraba por Agapito. Encendió una vela y susurró:

—Ojalá que se haya librado de ese demonio. Porque, de lo contrario, que Dios nos ampare.

Muñoz, en su despacho, recibió un nuevo informe al día siguiente: otro asesinato en Tacuba, brutal y sin testigos claros, con rumores de un cojo con ojos extraños. Al parecer, otra pesadilla apenas iniciaba.

El hecho de haber aislado y protegido a Agapito en el manicomio no detuvo a la entidad; al contrario, la liberó para que buscara un nuevo huésped, y los rumores de un cojo con ojos extraños en Tacuba eran una señal que nadie podía ignorar.

Al pasar de los días, Muñoz recibió otro informe más, un tercer asesinato: un vendedor ambulante hallado en un callejón con el cráneo destrozado, sin testigos claros más allá de murmullos sobre un hombre renqueante que se desvaneció en la noche. El domingo, un cuarto cuerpo apareció cerca del mercado

de La Merced: un borracho apuñalado con una fuerza brutal. Muñoz supo que no era coincidencia.

El juez convocó al padre Ignacio a su despacho en la sexta comisaría. La habitación estaba llena de humo de cigarro, con pilas de papeles desordenados sobre el escritorio. Muñoz, con ojeras marcadas, señaló un mapa de la ciudad extendido frente a él.

—Esto no se detiene, padre —dijo, con voz ronca—. Cuatro muertos en cuatro días, todos en Tacuba o cerca. Los gendarmes buscan a un cojo, un tal Jacinto Morales, conocido por vagar borracho por ahí. ¿Cree que sea él? ¿Que esa cosa de Rosas lo posee ahora?

El padre Ignacio, con la sotana polvorienta y la cruz en la mano, asintió con incertidumbre.

—Es posible —respondió—. Agapito lo percibió desde el manicomio. Dijo que la entidad habitaba en alguien más. Si este Jacinto es débil, desesperado como Agapito, entonces sí, podría ser su nuevo huésped. Debemos encontrarlo antes de que se repita otro Lecumberri.

Muñoz frunció el ceño y apagó su cigarro en un cenicero abarrotado.

—No dispongo de hombres para una cacería de demonios, padre, pero lo atraparemos. Usted vendrá conmigo. Si es lo que dice, sabrá qué hacer.

Esa tarde, Muñoz reunió a un pequeño grupo: cuatro gendarmes armados con rifles y pistolas, además de un informante del barrio, un joven delgado llamado Chucho, conocedor de las cantinas y callejones de Tacuba. El padre Ignacio se unió, con un maletín que contenía agua bendita, una Biblia y su cruz de madera, preparado para enfrentar lo que surgiera. Partieron al anochecer, cuando la ciudad se sumía en una penumbra húmeda bajo un cielo sin luna.

La búsqueda comenzó en la cantina donde Jacinto fue visto por última vez. El lugar estaba repleto de borrachos, con mesas pegajosas y un olor a pulque rancio. Chucho señaló al cantinero, un hombre gordo con bigote ralo, que limpiaba un vaso.

—Ese cojo, Jacinto, estuvo aquí hace unos días —dijo el cantinero, tras recibir un par de monedas de Muñoz—. Se comportó de manera extraña, hablaba solo y luego salió como enloquecido. No lo he visto desde entonces, aunque dicen que ronda por los callejones cerca del mercado.

El grupo salió al aire frío de Tacuba y recorrió las calles estrechas y oscuras. Los gendarmes iluminaban con lámparas, mientras el cura oraba en voz baja, atento a cualquier señal. Chucho los condujo a un callejón detrás del mercado, donde el hedor a basura y orines impregnaba el aire. Allí encontraron rastros: huellas desiguales en el lodo y una mancha oscura que parecía sangre seca.

De pronto, un grito atravesó la noche, seguido por el ruido de algo que caía. Los gendarmes corrieron hacia el sonido, con Muñoz y el padre Ignacio detrás. En un patio trasero, entre puestos abandonados, hallaron a Jacinto Morales. Estaba de pie sobre un hombre tendido —un mendigo, con el pecho abierto por un pedazo de metal retorcido que Jacinto aún sostenía. Sus ojos brillaban negros en la penumbra, y una sonrisa cruel cruzaba su rostro. La voz resonó, audible para todos:

—¿Vienen por mí? Qué divertido. Llegan tarde.

Los gendarmes apuntaron sus rifles, sin embargo, el cura alzó la cruz y gritó:

—¡Jacinto! ¡Escucha! ¡No permitas que te domine!

La entidad rio a través de Jacinto, con un sonido que estremeció el aire.

—Jacinto no oye, sacerdote. Es mío ahora. Es más fuerte que Agapito, más roto. Y ustedes... ustedes son alimento.

Jacinto se movió con una rapidez inhumana, a pesar de su cojera, y se lanzó contra el gendarme más cercano. Le arrancó el rifle de las manos y lo golpeó contra el suelo, donde le partió el cráneo. Los otros dispararon, pero las balas parecían desviarse, rozándolo sin herirlo. Muñoz sacó su pistola y disparó al aire, a la vez que gritaba:

—¡Alto, carajo! ¡O te mato aquí mismo!

El padre Ignacio avanzó y roció agua bendita hacia Jacinto. El líquido chisporroteó al tocarlo, y un grito inhumano escapó de su garganta. Se tambaleó, aunque no cayó. La voz rugió:

—¡Tu agua no sirve, cura! ¡Soy más antiguo que tus trucos!

Las sombras en el patio se alargaron y formaron figuras que atacaron a los gendarmes. Uno fue levantado y arrojado contra un puesto; otro gritó cuando algo invisible le torció el brazo. Chucho huyó despavorido, mientras dejaba a Muñoz y al sacerdote solos frente a Jacinto. El juez disparó de nuevo y le acertó en el hombro, aunque la herida apenas lo frenó.

El cura abrió su Biblia y leyó con voz temblorosa y firme a la vez:

—¡Domine, libera nos de malo! —Clavó la cruz en el suelo y roció más agua bendita, con lo que formó un círculo improvisado—. Jacinto, ¡lucha! ¡Recházalo como lo hizo Agapito!

Por un instante, los ojos de Jacinto parpadearon y volvieron a un marrón opaco. Su rostro se contorsionó en una mueca de dolor, y susurró:

—No puedo... Es demasiado...

La entidad rugió y recuperó el control.

—¡Regrésenme a Agapito! ¡O este será mío para siempre!

Muñoz, desesperado, disparó al pecho de Jacinto, aunque la bala lo rozó sin matarlo. El padre Ignacio gritó:

—¡No lo mates! ¡Si muere, la cosa buscará de nuevo a Agapito!

Jacinto se abalanzó sobre el cura y lo derribó. Sus manos se cerraron alrededor del cuello del sacerdote, pero este presionó la cruz contra su frente, quemándole la piel. La entidad gritó, y Jacinto cayó hacia atrás, mientras se convulsionaba. El sacerdote, jadeante, se arrastró hacia él y roció el resto del agua bendita de manera directa en su rostro.

—¡Exi, daemonium! —gritó—. ¡Por la sangre de Cristo, te expulso!

Un viento helado barrió el patio, y las sombras se disolvieron con un gemido. Jacinto se desplomó, inmóvil, con los ojos cerrados. Muñoz se acercó, pistola en mano, al tiempo que el cura revisaba su pulso.

—Está vivo —dijo, agotado—. Aunque no sé si lo expulsé por completo.

Los gendarmes sobrevivientes regresaron, ayudaron a levantar a Jacinto, lo esposaron y lo llevaron a la sexta comisaría, donde lo encerraron en una celda bajo vigilancia armada. Muñoz, sudoroso, miró al cura.

—¿Terminó? —preguntó.

—No lo sé —respondió el sacerdote, con la cruz que temblaba en su mano—. Esto... esto podría ser más grande de lo que pensamos.

Esa noche, Jacinto despertó en la celda, con los ojos claros, aunque vacíos. No habló, solo tembló, mientras un eco lejano, apenas audible, susurraba en su mente:

—No te librarás tan fácil...

El padre Ignacio oró hasta el amanecer, consciente que la caza no había concluido, sino que solo había cambiado de presa.

El cojo aún seguía en el catre, con el hombro sangrante por el disparo de Muñoz y la frente marcada por la cruz del padre Ignacio. Los gendarmes lo vigilaban desde el pasillo, rifles en mano, mientras el eco de los asesinatos cometidos resonaba en su mente.

El juez Olegario Muñoz llegó al amanecer, con el rostro tenso y un cigarro apagado entre los labios. Encontró al padre Ignacio sentado fuera de la celda, con la Biblia abierta y la cruz en el regazo, mientras oraba en voz baja. Los dos gendarmes sobrevivientes del encuentro estaban heridos, aunque vivos, atendidos por un médico en la planta alta. Muñoz se acercó al cura, con voz grave:

—¿Qué tenemos aquí, padre? ¿Está controlado o enfrentaremos otro Lecumberri?

El cura alzó la vista, agotado y alerta a la vez.

—Aún no lo sé —respondió—. Lo debilitamos anoche, pero no estoy seguro de haberlo expulsado por completo. Este hombre, Jacinto, vive, sin embargo, la cosa permanece en él. Pude sentirla. Si no actuamos rápido, se fortalecerá otra vez.

Muñoz miró a través de las rejas. Jacinto estaba inmóvil, con los ojos cerrados y la respiración entrecortada, aunque había algo inquietante en su rostro, una tensión que no era natural, como si algo luchara bajo su piel.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó el juez—. No puedo encerrarlo en una cárcel común después de lo que vi. Y ejecutarlo... usted dijo que eso la liberaría.

El padre Ignacio asintió y se frotó las sienes.

—Debemos sacar a Agapito del manicomio para que la entidad regrese a él y luego practicarle un exorcismo completo, para expulsarla de una vez por todas al infierno de donde vino. Él la trajo, y él es el único que puede devolverla; de lo contrario, cambiará de cuerpo cada vez que quiera —dijo—. ¿Y a dónde lo llevaremos?

Una vez que la entidad regrese a Agapito, debemos llevarlo a suelo sagrado, eso la debilitará aún más. Hay que trasladarlo a la iglesia, donde realizaremos el exorcismo para expulsarla de manera definitiva.

Muñoz frunció el ceño, dudoso.

—¿Y si se despierta en el camino? ¿Si mata a más de mis hombres?

—No tenemos otra opción —replicó el cura—. ¿Qué hacemos con Jacinto? —preguntó Muñoz.

Si permanece aquí, esta comisaría será su nuevo Lecumberri. En la iglesia lo debilitaremos, y la entidad buscará a Agapito —dijo el sacerdote.

—¡Deprisa! Preparen una camioneta y traigan más agua bendita. Lo trasladaremos a la parroquia de Mixcoac —ordenó Muñoz.

Donde el padre Ignacio había enfrentado demonios menores en el pasado. Mientras tanto, Jacinto despertó en la celda, con un jadeo que resonó como un eco roto. Sus ojos se abrieron, oscuros por un instante antes de volver a un marrón opaco. La voz susurró en su mente, débil, aunque insistente:

—No te dejaré ir, Jacinto. Somos uno ahora. Lucha cuanto quieras, pero no vencerás.

Jacinto tembló y se agarró la cabeza.

—Déjame... —susurró, con voz rota—. No quiero esto...

La entidad rio, con un sonido que le heló la sangre.

—Demasiado tarde. Pediste fuerza, y te la di. Ahora me perteneces.

Antes que pudiera responder, la puerta de la celda se abrió. Dos gendarmes entraron y le apuntaron con rifles, al tiempo que Muñoz e Ignacio supervisaban desde el pasillo. Lo esposaron con cadenas más pesadas, le aseguraron las manos y los pies, y lo llevaron a rastras. Jacinto no opuso resistencia, pero sus ojos parpadeaban negros por instantes. De pronto, la voz habló fuerte y firme para el cura:

—No me detendrán, sacerdote. Este cuerpo es mío, y pronto tendré más.

Ignacio alzó la cruz y roció agua bendita sobre Jacinto. El líquido chisporroteó en su piel, y un grito inhumano escapó de su garganta, aunque no lo debilitó tanto como antes.

—Se adapta —murmuró el cura, alarmado—. Cada vez resiste más. Debemos apresurarnos.

El traslado fue un viaje tenso. Jacinto iba en la parte trasera de la camioneta de policía, encadenado y flanqueado por dos gendarmes, mientras Muñoz conducía y el padre Ignacio oraba desde el asiento del copiloto. Las calles de la ciudad estaban tranquilas, ajenas al horror que llevaban consigo. Aunque dentro de Jacinto, la entidad luchaba, le susurraba promesas de sangre y poder, y buscaba una grieta en su voluntad.

Llegaron a la parroquia de Mixcoac al mediodía, una iglesia pequeña con paredes blancas y un altar sencillo. El sacerdote ordenó que llevaran a Jacinto al interior y lo colocaran en el centro del pasillo principal. Los gendarmes lo ataron a una silla con cuerdas reforzadas, mientras el cura preparaba el espacio: trazó un círculo de sal alrededor, encendió velas en el altar y roció agua bendita en las paredes. Muñoz observaba desde la entrada, con la pistola lista, pero con el rostro pálido.

El padre Ignacio comenzó el exorcismo con voz firme y alzó la cruz:

—Exorcizamus te, omnis immundus spiritus, omnis satanica potestas! —Roció agua bendita sobre Jacinto, quien se convulsionó con violencia, en tanto las cadenas crujían.

La voz rugió a través de él:

—¡No me iré! ¡Este es mío, y tú no tienes poder!

Los vitrales de la iglesia temblaron, y un viento helado irrumpió en el interior, apagó algunas velas. Las sombras en las esquinas se alargaron, pero no atacaron como en Lecumberri; parecían debilitadas, contenidas por el lugar consagrado. El padre leyó de la Biblia, con su voz resonante:

—¡In nomine Jesu Christi, expello te!

Jacinto gritó, su cuerpo se arqueó contra las cuerdas. Sus ojos oscilaban entre el negro y el marrón, lo que reflejaba una lucha interna. La voz gritó:

—¡No puedes sacarme! ¡Soy eterno!

Pero Jacinto habló, con un hilo de voz apenas audible:

—No te quiero... Vete...

El padre se acercó y presionó la cruz contra su pecho.

—¡Dilo otra vez, hijo! ¡Recházalo! —gritó.

—¡Vete! —rugió Jacinto, con lágrimas que corrían por su rostro—. ¡No te necesito! ¡Déjame!

Un chillido ensordecedor llenó la iglesia, y las sombras se retorcieron, mientras que se disolvían en el aire. El cuerpo de Jacinto se desplomó, flácido, al tiempo que el viento cesaba y las velas se encendían solas de nuevo. El cura cayó de rodillas, jadeante, con la cruz aún en la mano. Muñoz corrió al centro,

revisó a Jacinto, quien respiraba con dificultad, aunque sus ojos eran claros otra vez.

—¿Se fue? —preguntó el juez, con voz temblorosa.

El sacerdote asintió, agotado.

—Creo que sí. Él lo rechazó, como Agapito. Pero esta vez lo hice en tierra sagrada. Tal vez no regrese.

Jacinto fue llevado a un hospital bajo custodia, demasiado débil para hablar y al parecer libre de la entidad, al menos por el momento. Los médicos lo vigilarían. Muñoz, por su parte, decidió no procesarlo aún; el hombre era una víctima, no un criminal consciente. El sacerdote Ignacio regresó a su parroquia, oró por Agapito y Jacinto, con la esperanza que la sombra hubiera sido vencida de verdad.

Esa noche, la ciudad durmió en calma, sin susurros en el viento. Pero, en un rincón oscuro, un eco lejano, apenas audible, continúa en busca de otro huésped.

CAPÍTULO 11 SE ACERCA EL FIN PARA AGAPITO

La semana posterior al exorcismo de Jacinto Morales en la parroquia de Mixcoac dejó a Olegario Muñoz y al padre Ignacio en un estado de agotamiento profundo, físico y del alma. Habían enfrentado algo que desafiaba la lógica del juez y la fe del cura, y aunque habían logrado expulsar a la entidad de su nuevo huésped, la victoria no se sentía completa. El silencio que siguió no era el final, sino una pausa pasajera, un respiro que ambos sabían que podía terminar en cualquier momento.

Muñoz regresó a su despacho en la Sexta Comisaría, después de asegurarse que Jacinto fuera trasladado a un hospital militar bajo estricta vigilancia. El hombre estaba vivo, débil pero lúcido, y los médicos informaron que no mostraba signos de posesión ni locura, solo un agotamiento extremo y un temor que no explicaba con palabras. Muñoz cerró el caso como «disturbios aislados», una mentira burocrática que evitaba preguntas incómodas, aunque no podía cerrar la puerta a lo que había visto. Las sombras en Tacuba, los ojos negros de Jacinto, el grito inhumano que había resonado en la iglesia: todo eso lo perseguía en sus sueños.

En los siguientes días, Muñoz apenas salía de su oficina. El escritorio estaba cubierto de cenizas de cigarro, botellas de aguardiente medio vacías y expedientes que ya no leía con atención. Sus manos temblaban al intentar encender cada nuevo cigarro, y las ojeras bajo sus ojos se habían vuelto permanentes. Los gendarmes lo evitaban, mencionaban entre ellos que el juez había visto «algo malo» en Tacuba, y él no los desmentía. Una noche, tras haber bebido más de la cuenta, llamó a su esposa, doña Carmen, desde la comisaría.

—No duermo, vieja —balbuceó, con voz ronca—. Veo cosas... cosas que no entiendo. Ese Rosas, ese Jacinto... ¿Qué hice para merecer esto?

Carmen, una mujer práctica que nunca había creído en cuentos de demonios, lo escuchó en silencio antes de responder:

—Ven a casa, Olegario. Descansa. Sea lo que sea, ya pasó.

Sin embargo, Muñoz no fue a casa esa noche. Se quedó en su despacho, con la mirada fija en un mapa de la ciudad con puntos marcados: la casa de Agapito en Santa Julia, Belén, Lecumberri, Tacuba. Cada lugar era una cicatriz: un recordatorio que la ley que había jurado defender no alcanzaba para explicar lo que había enfrentado. Escribió una carta de renuncia esa madrugada, pero la rompió al amanecer, incapaz de dejar un puesto que, aunque lo destruía, era lo único que le daba sentido. En su lugar, mandó un informe al jefe de policía: «Se recomienda vigilancia en Tacuba. Posible actividad criminal no resuelta». Era lo más cerca que podía llegar a la verdad sin parecer loco.

El padre Ignacio, por su parte, volvió a su parroquia en Mixcoac con el cuerpo y el espíritu agotados. El exorcismo de Jacinto lo había dejado con moretones en los brazos, donde las sombras lo habían golpeado, y una tos persistente que no cedía. Pero más allá de lo físico, era su fe la que había sido puesta a prueba. En el pasado, ya había enfrentado al mal, posesiones menores, supersticiones de pueblo, pero esto era diferente: una entidad antigua, resistente, que se burlaba de sus oraciones y su cruz. Cada noche, al rezar frente al altar, sentía un frío sutil, como si algo lo observara desde las sombras de la iglesia.

Al día siguiente, decidió visitar a Jacinto en el hospital; llevaba consigo su maletín con agua bendita y la Biblia por precaución. Encontró al hombre en una cama aislada, custodiado por un gendarme que parecía incómodo con su presencia. Jacinto estaba pálido, con los ojos hundidos, pero lúcidos. Cuando vio al cura, intentó incorporarse, con voz temblorosa:

—Padre... ¿Se fue? ¿De verdad se fue?

El sacerdote se sentó a su lado con la mano posada en su hombro.

—Creo que sí, hijo —respondió, aunque dudaba de sí mismo—. Lo rechazaste, como Agapito. Pero tienes que ser fuerte. Esa cosa se alimenta del miedo, de la desesperación. No le des entrada otra vez.

Jacinto asintió, con lágrimas que corrían por su rostro.

—No quiero volver a eso —susurró—. Maté gente... No sé cómo vivir con eso.

—Pide perdón —respondió el cura—. A Dios, a ti mismo. Yo te ayudaré.

Esa tarde, de regreso en la parroquia, el padre Ignacio escribió una carta al obispo, donde solicitaba apoyo para investigar lo que había enfrentado. «No es un caso aislado», redactó con mano temblorosa. «Es algo más grande, algo que no hemos comprendido. Necesitamos prepararnos». Aunque el obispo, un hombre escéptico que prefería evitar escándalos, no respondió de inmediato, dejando al cura solo con su cruz y sus dudas.

Los días siguientes, Muñoz y el sacerdote se encontraron por casualidad en una cantina cerca de la comisaría, un lugar tranquilo donde los hombres buscaban olvido. No habían planeado verse, pero compartieron una mesa en silencio, con un vaso de aguardiente cada uno. Fue Muñoz quien habló primero, después de un largo trago:

—¿Cree que se acabó, padre? ¿O debemos esperar que vuelva?

El cura dio un sorbo con la mirada fija en el contenido de su vaso.

—No sé —admitió—. Agapito y Jacinto la rechazaron, y anda libre. pero esa cosa... no muere. Permanece en espera, como siempre ha esperado.

Muñoz chasqueó la lengua al tomar otro cigarro para encenderlo.

—No soy hombre de iglesia, aunque sé lo que vi. Si vuelve, ¿qué hacemos? No tengo balas para demonios.

—Rezar —dijo el padre, con una sonrisa cansada—. Y buscar a los que puedan portar a ese ser antes que se fortalezca. Estoy seguro que no estamos solos, Olegario. Hay otros que deben saber de estas cosas. Los encontraré.

La realidad era que el juez y el padre estaban a merced de la entidad.

—¿Cómo mandamos a ese cabrón al infierno, padre? —preguntó, con las manos en la cabeza.

El cura tomó la botella para servirse un trago.

—¡Con la muerte de Agapito! —respondió—. Él lo trajo, y al morir se lo lleva, lo que romperá el vínculo que lo ata a este plano terrenal.

Muñoz, consternado, dio la última fumada.

—Debe de haber otra forma, padre; ese pobre diablo de Agapito ya sufrió demasiado.

—Muerto el perro, se acabó la rabia —respondió el sacerdote—. Quizás debamos contemplarlo como la última opción.

—¿Y quién lo hará? Yo no podría hacerlo, no soy un asesino, padre.

—Estamos entre la espada y la pared, pero llegado el momento, alguno de los dos tendrá que hacerlo.

El juez asintió, aunque no parecía convencido. Se despidieron esa noche con un apretón de manos, dos hombres marcados por la misma sombra, con caminos distintos por delante. El juez volvió a su despacho, decidido a seguir en la lucha, aunque fuera con aguardiente y cigarrillos como escudo. El sacerdote regresó a su parroquia, con la cruz en la mano para rezar frente al altar hasta el amanecer, con un nuevo propósito: rastrear esa entidad, donde sea que se escondiera.

La ciudad continuó su rutina, ajena a los hombres que cargaban sus cicatrices. Pero en un rincón oscuro, un susurro silencioso flotaba en el viento, paciente, eterno, en busca de su próxima presa.

Todos esos sucesos habían dejado a Agapito Rosas al borde del abismo. Estaba al límite; el breve regreso de la voz, aunque distante, había roto la frágil paz que había construido en el Manicomio de La Castañeda. El horror que le causaba saber que la entidad había encontrado otro huésped lo llenó de culpas y remordimientos que no podía soportar. Después de varios días, el padre Ignacio lo visitó otra vez para calmarlo; los enfermeros, por su parte, lo habían vigilado con más atención. pero eso no era suficiente. Agapito ya no aguantaba más; eso no era vida, días enteros con sus ojos fijos en las paredes acolchadas, como si quisieran encontrar una salida que no existía.

El sábado, 23 de mayo amaneció con un cielo nublado que reflejaba el peso en su alma. El enfermero apodado «el Mudo» le llevó el desayuno habitual, aunque Agapito apenas tocó la avena. Cuando lo llevaron a la sala común, se sentó en su rincón de siempre, con el cuaderno en las manos, pero no escribió. En su lugar, arrancó el cordón del cortinero, para guardarlo en el bolsillo de su uniforme. Los otros internos lo ignoraron, sumidos en sus propios delirios. Sin embargo, él ya no estaba allí; su mente giraba en un torbellino de culpa, miedo y resolución.

El padre Ignacio llegó al mediodía, alertado por el doctor Vargas sobre el estado de depresión de Agapito. Lo encontró en la sala, inmóvil, con la mirada perdida.

—Hijo, habla conmigo —dijo el cura al sentarse a su lado—. Sé que tienes miedo, pero estamos contigo. Si esa cosa está con otro, podemos detenerla.

Agapito lo miró, con lágrimas que brillaban en sus ojos.

—No puedo, padre —susurró—. No puedo vivir cuando sé que sigue ahí, que usa a otros por mi culpa. Lo dejé entrar... Yo empecé esto.

El padre Ignacio tomó su mano y la apretó con fuerza.

—No es tu culpa —insistió—. Eras un niño cuando pasó. Ahora luchaste, lo rechazaste. Eres más fuerte de lo que crees.

Sin embargo, Agapito negó con la cabeza, con una tristeza que cortaba el aire.

—No soy fuerte. Soy un peligro. Si sigo vivo, esa cosa me encontrará otra vez... o encontrará a más como yo. Tiene que terminar, padre. Tiene que terminar conmigo.

El cura palideció, al entender el peso de sus palabras.

—No digas eso, hijo —suplicó—. Hay esperanza. Podemos...

—No hay esperanza —lo interrumpió Agapito con voz firme por primera vez en meses—. Solo hay una manera de asegurarme de que no vuelva por mí.

El sacerdote intentó detenerlo, pero un enfermero lo llamó para firmar un registro, alejándolo por unos minutos. Instantes después, el Mudo lo regresó a su celda, dejándolo solo. Agapito había estudiado el movimiento durante semanas; sabía que los

enfermeros tardarían en revisar las celdas hasta el mediodía, ocupados con la comida de los internos.

Sin perder tiempo, sacó el cordón que había guardado en el bolsillo de su pantalón, para anudarlo con dedos torpes, aunque decididos. Escribió una última nota en el cuaderno, con letras temblorosas: «Perdónenme. Es la única forma de pararlo. Que Dios me perdone». Luego, se acercó a la ventana enrejada, alta, pero con un borde de metal, donde los cordones de las cortinas habían sido retirados semanas atrás por seguridad. Ató el cordón al borde que sabía que podría soportar el peso.

Con un último suspiro, miró la cruz que el padre Ignacio le había dado, amarró el cordón a su cuello y se dejó caer al suelo. No luchó; dejó que la oscuridad lo tomara, con una mezcla de alivio y terror, con la esperanza que su muerte cortara el vínculo con la entidad para siempre.

El Mudo lo encontró media hora después, cuando la ronda lo llevó de vuelta a la celda. El grito del enfermero resonó por los pasillos, el doctor Vargas llegó de inmediato, seguido por el padre Ignacio. Cortaron el cordón y bajaron el cuerpo, aunque ya era tarde; Agapito estaba frío, con los ojos abiertos y una expresión de paz que no habían visto en él antes. El cura cayó de rodillas, al sollozar, mientras Vargas leía la nota en el cuaderno con rostro sombrío.

—Se mató para detenerlo —murmuró el cura, al aferrar la cruz del suelo—. Creyó que era la única forma.

El juez Muñoz fue informado esa tarde. Llegó a La Castañeda con el ceño fruncido, para revisar la escena junto a un gendarme.

—¿Y ahora qué? —preguntó, con la mirada en el cuerpo cubierto en la enfermería—. ¿Se acabó su locura, o esto es otra cosa?

LA VOZ MARDITA

—No era locura —respondió el padre Ignacio, con voz rota—. Era miedo. Pensó que su vida la mantenía viva. Tal vez tenía razón.

Esa noche, todo acabó, el cuerpo de Agapito fue llevado a una fosa común sin familia que lo reclamara.

Fin.

ACERCA DEL AUTOR

José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un escritor mexicano cuya trayectoria literaria se caracteriza por su versatilidad y pasión por la narrativa. Es autor de doce novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, donde abarca géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea. Entre sus obras más reconocidas se encuentra «El Diario de la Monja», una novela que le valió el primer lugar en el género de terror en el prestigioso Reality Internacional Literario (RIL) 2024. La novela, caracterizada por su atmósfera envolvente y su manejo del suspense, ha sido celebrada por su originalidad y profundidad psicológica.

Además de su labor como novelista, ha participado activamente en diversas antologías internacionales, reafirmando su compromiso con la difusión de la literatura y su integración en el panorama global. Estas colaboraciones han permitido que su obra trascienda fronteras, conectando con lectores de distintas culturas y contextos.

En la actualidad continúa participando en concursos literarios internacionales, donde su creatividad y dedicación siguen siendo reconocidas. Como parte de esta evolución, ha formado una comunidad de escritores de habla hispana con la que ha publicado tres antologías internacionales, marcando así un nuevo capítulo en su trayectoria como editor literario.

Sus Obras:

El Diario de la Enfermera

El Sapo, Asesino Sanguinario

La Fiera Humana

Derecho de réplica

El diario de la Monja

El Don del más Allá

La Voz Maldita

Mi Encuentro con el Diablo

Entre Tormentas y Estrellas

Tenochtitlan Marciana

Leyenda Mexicanas

Archivos Policiacos

Charlas con Dios